

EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO SÉPTIMO.



PARIS

ADMINISTRACION GENERAL

X. DE LASSALLE Y MÉLAN, EDITORES PROPIETARIOS

CALLE DEL FAUBOURG MONTMARTRE, n° 10.

1856

EL

CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

TOMO SEPTIMO.



PARIS

ADMINISTRACION CENTRAL
DE LAS ARTES Y MANUFACTURAS
CALLE DEL BUENOS HOROS, 10.

1858

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — Tomo VII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASALLE Y MÉLAN.

AÑO 15. — N° 157.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Los zuavos pasando por Lyon de regreso de la Crimea; bombardeo y toma de los fuertes de Kinburn; grabados. — Recuerdos de una excursion por la sierra de Córdoba.—La Golondrina.—Tipos y fisonomías del ejército de Oriente; grabados.—Revista de París. — Crónica musical. — Honduras; grabados. — Valeriano. — Exposicion Universal de Bellas-Artes; grabados. — Exposicion Universal de la Industria. — Revista de la moda.—Ferro-carriles franceses; grabado.

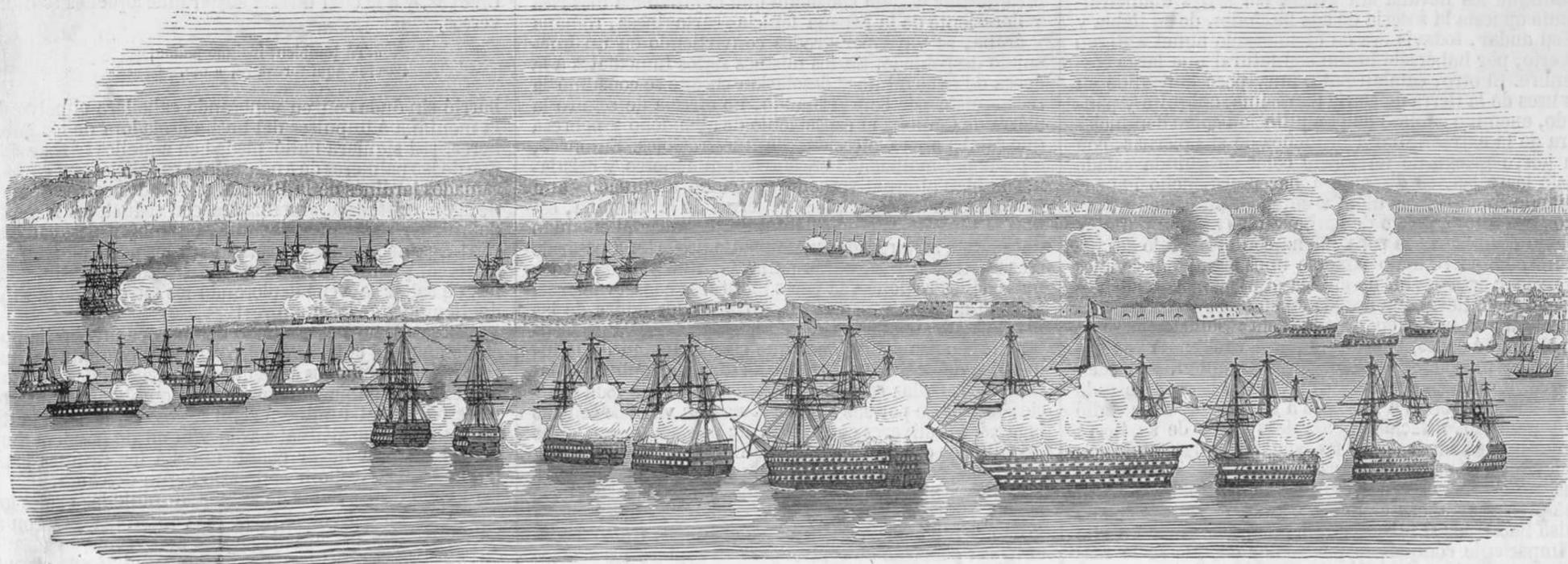
La guardia imperial trasportada por la flota del mar Negro que trajo tambien á Francia el cuerpo del almirante Bruat, desembarcó en Tolon y de allí fué dirigida por varios caminos hácia Paris,



Los zuavos pasando por Lyon, de regreso de la Crimea.

acompañada de la simpatía y del entusiasmo de las poblaciones que saludan en ella á los representantes de un gran ejército que acaba de elevar á tanta altura la gloria de sus armas. En Paris la han hecho fiestas de que hablarémos á su tiempo.

El dibujo de la primera página representa la llegada de los zuavos á Lyon, llegada que anuncia en estos términos el autor del presente dibujo : « Entre las tropas de la guardia que han entrado en Francia, se halla un cuerpo de zuavos. El 5 llegó aquí un batallon y mañana sin duda estarán en Paris, pero quizás no con un aspecto tan original como los que se ven representados en nuestro dibujo. Otro destacamento que he visto despues no ofrecia un carácter tan pintoresco. »



Bombardeo y toma de los fuertes de Kinburn.

Al dar cuenta á nuestros lectores del bombardeo de Kinburn, no pudimos dar á conocer la parte que habia tomado la escuadra en ese atrevido golpe de mano. De la pondencia francesa que acompañaba al adjunto dibujo, fechada á bordo del *Montebello*, tomamos sobre este punto los siguientes detalles:

« Mi pequeño dibujo representa las diferentes posiciones de la escuadra aliada delante de los fuertes de Kinburn el 17 de octubre de 1855. El navio almirante francés el *Montebello* está junto al navio-almirante inglés *Royal-Albert*, ambos en el centro de la línea. Las tres baterías flotantes *Devastation*, *Lave* y *Tonnant* presentan sobre la derecha sus formidables bocas al frente principal de las obras enemigas. Las fragatas baten las obras de la punta Noroeste, en tanto que el navio inglés *Hannibal*, que lleva el pabellon del contra-almirante Stewart llega hasta en medio del paso de Otchakoff. En la bahía de Kerson se distinguen á la izquierda las fragatas *Labrador*, *Cacique* y *Sane*, y á la derecha están las cañoneras francesas é inglesas que toman de flanco las baterías enemigas. — En el corazon del fuerte hay un incendio; parece que cada cual adivina que el enemigo no prolongará mucho tiempo una resistencia desesperada.»

Recuerdos de una excursion por la Sierra de Córdoba.

I

LOS HIJOS DEL YERMO.

Amaneció con celajes el día 27 de mayo de 1853 en la noble ciudad cuna de los Sénecas, que tantos ilustres varones ha dado al mundo romano antiguo y á la edad media española; y en verdad que mejor hubiera hecho el sol en encapotarse aquella mañana con densos nubarrones para no ver dentro de la famosa *colonia patricia*, donde habia alumbrado tanta toga pretexto y despues tanta gala de andaluza caballería, el cómico espectáculo que le teníamos preparado. Porque se trataba de una expedición á la vecina tierra para visitar las afamadas ermitas del cerro de Nuestra Señora de Belen y hacer por aquellos contornos, tan abundantes en tradiciones de las grandezas islamitas y de la dramática vida mozárabe, algunos reconocimientos que no me atrevo á llamar arqueológicos por no ser tan ambiciosas nuestras miras, y por habernos propuesto sencillamente la satisfaccion de una curiosidad comun á todos los viajeros aficionados á la interesante historia del califado. Los que nos habíamos citado para esta expedición, españoles todos, y por consiguiente en todo discordes, presentábamos el conjunto heterogéneo que cualquiera colige de las cinco individualidades de que voy próximamente á dar razon á nuestros lectores. A diferencia de lo que hoy sucede en casi todas las naciones de Europa, donde hay cierta uniformidad general de usos y trajes para la ciudad y para el campo, en que solo se consulta la comodidad y el buen sentido, en España reina en esta materia la mas completa indisciplina, y cada cual se presenta el día de campo caprichosamente disfrazado, sosteniendo ante los demás de la partida que su traje es el mejor y mas cómodo, aunque se le haya ocurrido vestirse á la usanza de los *manolos* de Madrid, con el pantalón reventando por el muslo y la rodilla, y con un escarpulo de chaqueta cuyos bolsillos sin fondo arrojan de sí todo cuanto en ellos se mete. Pero y ase sabe que la discordia es el instintivo de las indomables razas ibéricas.

Éramos, pues, cinco los que componíamos la partida campestre. Dos catalanes, que desde luego habian declarado que por su parte la expedición seria asnal y no ecuestre, dada la imposibilidad de verificarla en coche: el uno, trasplantado de muchos años atrás de las orillas del turbio é impetuoso Llobregat á las del majestuoso y sacro Bétis, se habia ya amoldado á la costumbre meridional del marsellés y del calañés de rueda de molino, y aunque los llevaba sin gracia por serles diametralmente opuesta la sosería de sus facciones, de su habla y de su andar, todavia era en él tolerable aquel antiguo ingerto, por habersele hecho connatural una larga costumbre. El otro, catalán neto, muy poco entendido en los usos de la tierra de María Santísima, chiquito y panzudo, enemigo rabioso de la equitacion como denunciadora de la extraordinaria pequeñez de sus piernas, con un gorro griego de terciopelo color de guinda calado hasta las cejas, se disponia á hacer el Sancho Panza, guiando como Dios le diese á entender su paciente horrico. Era muy cerrado de barba y mas aun de puño, y por no destrozarse la ropa buena con el aparejo del jumento, habia resuelto ponerse unos pantalones viejos de paño y una levita de cúbica que, para cuando llegase el caso, llevaba guardada en su cofre desde algunos años ántes de haber engordado. Esta resolucion nos fué perjudicial á todos, porque á la hora convenida nos hallábamos impacientes en el punto de reunion, y el buen catalán no parecia; y pasada una media hora, habiendo ido uno de nosotros á buscarle á su posada, se le halló muy apurado, mezclando enérgicas frases de su tierra con exclamaciones castellanas, sudando y bregando con su levita, por cuyas mangas forradas de sólida percalina no acertaban á abrirse paso sus fornidos brazos. Fué preciso arrancar el forro, operacion que el dueño quiso hacer por sí mismo sin dejar tomar parte en ella al impaciente compañero por temor de que se lo rasgase, y vencido el obstáculo, se encaminó con semblante jovial al punto donde con tanta ansia era espe-

rado. Otra individualidad era un jóven cordobés de pocos años, mozo bonito, jaqueton y caballista, riguroso observante de los traeres y modas de la tierra en todo lo perteneciente á su persona y cabalgadura, por lo que ostentaban ambos séres, racional y bruto, una lluvia de madroños y caireles en sus respectivos arreos. El caballo que montaba debia ser algun gallardo descendiente de aquellos padres mimados con que el rey Felipe II fomentaba la hermosa casta andaluza en las dehesas de la *Regalada*. La cuarta individualidad era un literato de la misma ciudad, hombre casado y ya grave, que por caerse á pedazos de puro bueno gastaba los dias de campo la ropita que habia lucido de soltero en el paseo de San Martín, con el aditamento de un sombrero hongo gris flamante. Y era la quinta el que va trazando estas líneas... ¿Qué diré yo de mí mismo? Nadie se retrata bien á sí propio; para encontrar uno su caricatura necesita sorprenderla en un momento impensado, creyéndola al pronto retrato ageno; así como el que escribe no suele descubrir sus defectos sino cuando impremeditadamente se pone á leer una produccion suya, juzgándola de otro escritor. Sea suficiente prueba de humildad el revelar que en cierto momento, mirándome al acaso en la sombra que hacíamos marchando uno junto á otro el catalán rechoncho y yo, se me figuró ver al lado de Sancho Panza al mismo Don Quijote en persona: á tal punto me hacian escuálido y ridículo un *jacket* de verano que en Madrid me habia hecho confeccionar por Utrilla, pensando dar escándalo de elegancia entre la incauta gente de provincia, y una gorra malhadada que descubrí ser un suplente demasiado perfecto del famoso yelmo de Mambrino.

Pero dejando á un lado estas frivolidades, toda vez que para reunirse en partida de exploracion los aficionados á las antigüedades, nunca ha sido obstáculo el vestir bien ó mal y el montar en burro ó á caballo, omitiré los lances mas ó ménos chistosos á que dieron lugar durante la primera media legua de camino nuestras respectivas cataduras, en particular por el duo que el catalán gordito y yo íbamos haciendo, él por haberse empeñado en llevar la susodicha levita de cúbica, tan estrecha de mangas cuanto amplia de faldamenta, sin tener presente que desde que la estrenó habia duplicado el volumen de su vientre; yo por causa del sastré, que, al hacerme mi *jacket*, tampoco se habia acordado de mi excesiva delgadez, y con ceñírmelo demasiado al largo cuello, dándole exagerada holgura en todo el resto, me tenia convertido en un pollo desplumado. Cesó este frívolo entretenimiento cuando tuvo que desaparecer lo mezquino y risible de nuestras personas ante la espléndida, magnífica y grandiosa perspectiva de la Sierra.

Es esta una alta y fragosa barrera natural que limita por Levante y Septentrion la pintoresca campiña de Córdoba, la abraja y defiende de los ateridos soplos del cierzo, contribuye á hacer su clima templado y benigno, y presenta á la antigua sultana del Guadalquivir como en un soberbio anfiteatro las producciones de todas las zonas. Muy indolente se muestra en verdad la arruinada y adornada sultana con una naturaleza que tan generosamente le brinda; mas no por eso se causa esa privilegiada tierra de ofrecer á los modernos y degenerados cordobeses los tesoros, hoy intactos, de su fertilidad prodigiosa. Además de los olivares, naranjales, higuerales, granados, cidras damasquinas y moreras de que se cubren sus laderas aun negligentemente labradas, produce la Sierra, sin que intervenga la mano del hombre, arrayanes, lentiscos, algarrobos, almejos de dulcísimo fruto, pinos, avellanos, castaños y acebuches. Fórmase naturalmente muchos colmenares en las cavidades de sus peñas; el áspero jabalí, el tímido gamo, el ciervo corredor, el conejo cauteloso, la pintada perdiz, el zorzal viajero, el tordo y el estornino, amigos de los cañaverales, estimulan al cazador á sus gratas fatigas; y los criaderos de plata, oro, cobre, azogue y carbon de piedra que recelan las entrañas de sus montes, debieran servir de incentivo á la actividad del minero codicioso. Pero la fertilidad de ese suelo y la dulzura de ese clima son menospreciadas por sus propios hijos, cuya incalificable desidia consiente que la provincia mas rica y floreciente de la España fenicia, cartaginesa, romana y árabe, se vaya por grados convirtiendo en un infucundo despoblado. En los mismos siglos inmediatos á la época de exterminio y desolacion en que se consumó la reconquista por San Fernando, no ofrecia de seguro la Sierra de Córdoba el espectáculo de abandono y pobreza que estaba ahora ofreciendo á nuestros ojos. Entónces, á pesar del malhadado encono con que moros y cristianos habian alternativamente destruido, arruinado y aun incendiado las poblaciones y tierras de la campiña, segun el funesto sistema oriental de bloquear al enemigo haciendo á su alrededor un inmenso desierto, á pesar de esas reiteradas y bárbaras empresas que yermaban las mas fértiles regiones, la parte montuosa conservaba casi toda su antigua prosperidad. Orlaban las faldas de las montañas blancos caseríos: en sus espaciosos valles asentaban risueñas poblaciones que se mantenian de la industria, del cultivo y del pastoreo; en sus pingües dehesas y cañadas se apacentaban ganados de toda especie; tendíanse por sus anchas lomas los viñedos con sus lagares, los olivares con sus vigas; por sus frescas vegas los edificios conventuales de los mozárabes rodeados de granjas y cortijos; y coronaban sus empinados cerros fuertes castillos y atalayas, centro aquellos del poderío feudal, centinelas avanzadas estas de un Estado robusto y floreciente enclavado en tierra enemiga, único medio entónces conocido de comunicar con rapidez los sucesos prósperos y adversos de la guerra. Los arroyos y rios que vierte por uno y otro lado la Sierra no llegaban,

como ahora, sin merma á la llanura: recogíase su precioso caudal en acequias para regar las huertas y vergeles, ó en presas para mover molinos y batanes, ó en balsas para otras industrias. Todo aquello se fué paulatinamente perdiendo: las encarnizadas lides de cristianos é islamitas invadieron las poblaciones montañosas. ¡Qué de horrores presenciaron las ántes tranquilas alturas de los Montes Marianos! Luego los inextinguibles odios de religion hicieron de molesto y peligroso vivir todos los lugares de la Sierra de origen muzlemita. Por último, la desacertada administracion de la casa de Austria, esquilmando á los pueblos para sostener descabelladas empresas militares, abrumó á los montañeses de Córdoba con alcabalas y tributos que no bastaban á satisfacer sus ya escasos provechos. Los hombres se empeñaron en empobrecer esa tierra, y la naturaleza recobró sus fuerzas al verse abandonada: borró con sus espontáneos y silvestres productos toda huella de humano cultivo y trocó en breve las que habian sido florecientes granjas y heredades de romanos, moros y cristianos, en enmarañadas y peligrosas selvas, solo accesibles á dañinas alimañas. Todavía su peculiar generosidad se muestra espontáneamente bajo el risueño imperio de la alegre Flora de mayo y junio, contrastando con los horrores de la vida salvaje y desordenada, y el viajero artista y el científico encuentran goces inefables en aquel inmenso y variado invernadero natural, donde hay flores de todos colores, que como tazas perfumadas de rubí, de amatista y de topacio, se llenan con el oro líquido del sol meridional y evaporan su fragancia embriagando los sentidos. El botánico halla preciosas plantas tropicales que los mismos hijos del país desconocen, y el paisista ve descollar sobre el terreno, tapizado de helecho, retama, romero, jara en flor, cantueso, alhucema, tamariz y tomillo, el laurel, el enebro, el madroño, la ladierna, la adelfa, el acebuche, la encina, la coscoja, el chaparro, el arrayán, el alcornoque, el ojaranzo, el lentisco, el higo chumbo y la elegante pita.

Los que dirigen nuestra expedición, que eran el literato cordobés y el catalán ingerto de andaluz, habian dispuesto para facilitar y amenizar nuestra subida al cerro de las *Ermitas*, que tomásemos el camino de la *Arrizafa*. Así lo hicimos sin mas oposicion que la que por su parte manifestaron en algunas ocasiones los dos testarudos asnos de la caravana, y dejando á un tiro de piedra á nuestra izquierda los desnudos tapiales del suprimido convento, que vino en los últimos siglos á ocupar la célebre casa de recreo de Abderramen I, comenzamos el trabajoso ascenso hácia la cumbre de Nuestra Señora de Belen. La *Arrizafa* que se descubre toda desde las alturas que la rodean, no ofrece hoy á la ansiosa mirada del anticuario, señal ninguna de haber sido lo que las historias arábicas cuentan. Despues de haberse hecho famosa como émula de la *Rissafah* de Damasco, despues de haberla disfrutado los amires como una de sus quintas mas deleitosas, fué asolada en el año 1009, durante las guerras civiles del califado: un siglo despues de la reconquista, el rey D. Alfonso XI la hizo patrimonio de la célebre doña Leonor de Guzman; un obispo de Córdoba la adquirió luego para la mitra dando á la favorita en permuta otras tierras; á principios del siglo XV, se estableció en ella un observantismo y ejemplar convento del orden de San Francisco, convirtiéndose en páramo de expiacion y penitencia el que habia sido lugar de deleites y distracciones; y de tal es propiamente su aspecto hoy, aunque el convento haya sido suprimido, y mal que le pese á la desamortizacion, cuya atrevida varita de virtudes la pasó á las manos profanas de un fondista. La fonda está siempre desierta y cerrada por consiguiente, y el especulador que se imaginaba hacer un gran negocio explotando los recuerdos del plátano de César, de la palma de Abderramen y de los encantados vergeles de la opulenta mancha de D. Alfonso XI, no ha encontrado mas que un desengaño en ese ya para siempre solitario páramo una vez consagrado por el ascetismo monacal en lugar de retiro y de penitencia. Nada pues existe allí de la voluptuosa grandeza de los califas: la planta plantada por el ilustre vástago proscrito de los Umeyas, y á la cual dirigia suspirando aquellos sentidos versos,

« Tú tambien, insigne palma,
eres aquí forastera, » etc.

barrió sin duda con su veneranda cabellera el polvo de la montaña á impulsos del hacha asoladora de los Berberes. ¡Ni siquiera halló piedad en aquellos bárbaros la Eva de las palmeras de Andalucía! Los deliciosos y embalsamados jardines de la *Ruzafa*, adornados con estanques de agua cristalina, amenizados con seductores boscajes de mirto, arrayán y jazmines, tambien desaparecieron!... ¡Qué hermosa ocasion para los poetas de humor elegiaco, y para los ingleses románticos y sentimentales, de soltar la vena deplorando los estragos de la saña del tiempo y de los hombres!

A nosotros no nos era dado detenernos mucho tiempo contemplando el triste cuadro que hoy presenta la *Ruzafa* y esplayándonos en semejantes reflexiones, porque el cielo que habia ido quedando completamente raso, nos enviaba del luminoso zenit rayos de fuego un tanto africano, que no atenuaba velo alguno de pasajera nubecilla, y urgía llegar cuanto ántes á las *Ermitas* para tomar bajo su techo hospitalario algun descanso.

Al cabo de dos horas de subida, durante las cuales los dos calmosos individuos de la raza asnal nos forzaron á hacer paradas intempestivas, que aprovechamos gozando deliciosos puntos de vista, llegamos felizmente al tope del cerro designado como primer objeto de nuestra expedición. Las últimas revueltas del camino en esta mon-

taña son peligrosas, porque uno de los lados del atajo es constantemente un espantoso despeñadero; y hubo un momento en que los frescos que íbamos delante temimos por causa de aquel abismo que finalizase en sangriento drama la jornada campestre comenzada en manera de comedia; accidente que todavía me hace erizar el cabello cuando lo recuerdo. Un pobre demente, que fué muchos años ermitaño en el silencioso yermo, se salió de él largo tiempo há, y sin apartarse jamás de aquellos contornos, donde le proporcionan un miserable sustento la caridad de los viandantes y los silvestres productos de la montaña, anda errante por aquellos trochas y barrancos, apareciéndose á veces con su larga barba y cabellera vedijuda y su sayo destrozado á los caminantes desapercibidos, que, no teniendo noticia de su persona, suelen tomarle por un bandido. De este modo se presentó á nuestra vista el ermitaño loco en una de las mas angostas revueltas del camino, saliendo de repente de entre unos matorrales á la vera de la vertiente, y espantándose el caballo que montaba el jóven cordobés, dió una huída tan brusca, que le plantó de un bote en el borde mismo del precipicio, girando sobre las piernas y sacando todo el cuerpo fuera como para despeñarse. Afortunadamente el ginete era sereno y buen caballista, y sin el menor aturdimiento obligó con gran presteza al bruto á sostenerse sobre las piernas y completar el giro cayendo de manos sobre terreno firme. A este accidente siguió un rato de terrífico silencio, y aun duraba la palidez en nuestros semblantes, cuando llamamos á la puerta del santo yermo, dando aviso de la llegada á nuestros morosos compañeros el sonoro tañido de su campanita.

El cerro de Nuestra Señora de Belen con sus humildes y aisladas ermitas habitadas por una congregacion de rígidos anacoretas, es para la Andalucía lo que Monserrat para Cataluña, lo que la Tebaida para el Egipto, lo que el monte Athos para la Rumelia. Siguen estos anacoretas el tenor de vida prescrito por san Pablo, primer ermitaño, y viven ejemplarmente observando la primitiva regla reformada por el venerable Juan de Dios de san Antonino, cultivando por sus propias manos la tierra de una alta loma que corona el mencionado cerro, teniendo al Mediodía en la llanura la ciudad de Córdoba á una legua escasa de distancia. Este instituto existe en el mundo desde los tiempos de Osio, aunque en Córdoba no se introdujo hasta el año de 1309. Fueron los primeros alistados en él en estas regiones unos soldados castellanos, esforzados y valientes, que cansados de padecer trabajos estériles en las dilatadas guerras sobre Algeciras, y desengañados de las vanidades del mundo, desampararon las banderas del rey D. Fernando IV por lo desahogado que estaba con él todo el ejército, y se resolvieron á militar por el reino del cielo; para lo cual se ocultaron en la aspereza de los montes cordubenses á hacer vida solitaria. Unos habitaban en cuevas, otros en chozas, otros en ermitas que fabricaban. Unos residían en tierra de ribera la alta, en un cerro eminente de difícil subida, cerca del arroyo del Gato, no léjos del rio Guadamellato ilustrado con la sangre de los mártires mozárabes del famoso cenobio armilatense. Otros se situaron en las montañas del Bañuelo, donde aun permanecen arruinadas sus ermitas. Otros ocupaban los montes del Albayda. Mas habiéndose fundado en 1417 el convento de San Francisco de la Ruzafa ó Arrizafa, dícese se juntaron unos y otros ermitaños en sus inmediaciones para gozar del pasto espiritual del convento.

La situación de estas ermitas es en sumo grado pintoresca: desde el mirador que hay á su entrada se divisan, á la derecha, y como á la mitad de la vertiente de la montaña, la quinta de la Albayda, antiguo *Castillo Blanco*, propiedad hoy del conde de Hornachuelos; mas léjos el castillo de Almodovar, cuya masa ceniciento descuella confusa en la eminencia de un cerro entre los vapores que se levantan de la campiña. Hacia la falda del monte que nos servía de atalaya veíamos la Ruzafa, como una Magdalena penitente y desolada despojada de todos sus antiguos atavíos y encantos. A nuestra izquierda, veíamos descollar en lontananza las últimas cumbres de las sierras de Ronda y de Granada que blanquean perpetuas nieves, mientras crecen á su falda la caña de azúcar, el algodón y la palmera: á nuestro frente la extensa, llana y verde campiña, cuyos prados de esmeralda corta serpenteando la cinta de azul y plata del *Gran Rio*; á la orilla de este majestuosamente asentada la decaída corte de los califas con sus torres moriscas y cristianas, último resto de su antigua grandeza, y haciendo fondo al inmenso y variado panorama los azulados picos de las sierras de Gibalbin y de Gaucin, por donde se abre paso la imaginación á otras incomparables llanuras de la antiquísima provincia de los Tartesios, tierra de bienandanza y felicidad perpetuas en los tiempos Homéricos, puesto que el padre de la poesía griega colocó en ella los Campos Elíseos para solaz y recreo de las almas de los bienaventurados.

Vivian en las ermitas en la época de nuestra visita, bajo la protección del señor obispo de Córdoba, diez y siete ermitaños profesos y un solo novicio. Observan riguroso silencio é incomunicación completa entre sí la mayor parte del día. Reúnense solamente en la capilla, en la lectura que sigue á la misa y en el refectorio. Cada cual tiene su celdilla ó mas bien su ermita separada, y hace su almuerzo y cena en su cocina; para la comida hay refectorio en la casa principal. Emplean en el trabajo manual y corporal cinco horas diarias. A las horas de oración, cada cual debe tocar su campana en oyendo sonar la de la capilla, é incurre en grave falta el que no lo hace. Visten hábito y escapulario con capilla de paño pardo. Hay casa de novicios separada de las celdas de los

profesos, que como hemos dicho están aisladas y diseminadas en toda la extensión del santo yermo. El noviciado dura seis meses. En una de las peñas mas avanzadas de la montaña han labrado los ermitaños para el obispo un cómodo sillón desde el cual se goza una de las perspectivas mas bellas que pueden imaginarse.

Exaltada nuestra mente con el recuerdo de la vida monástica de los tiempos de los ilustres mártires mozárabes, cuando al salir de las ermitas recorriamos aquella fragosa sierra que hoy siguen santificando con su vida ejemplar los humildes *hijos del Yermo*, al señalarnos con el dedo cualquiera de nuestros complacientes guías alguno de los lugares matizados de ruinas, donde la piadosa tradición ve los devastados solares de los antiguos monasterios benedictinos, creímos muchas veces percibir el tenue tañido de sus modestas campanas entre el blando susurro de las auras y de los arroyuelos con que lloran hoy su soledad aquellas montañas que casi nos atreveríamos á llamar *sagradas*. Como si aquellos santos cenobios durasen todavía, como si pudiéramos aun ver por allí la figura del santo sacerdote Eulogio que los edificaba á todos, espiarlo trepando hácia ellos por las mismas trochas y senderos que nosotros recorriamos, y perderse como una mota negra entre aquellos carrascales y encinares, enseñándonos el camino á todos los monasterios de la Sierra, casi nos dolía no poder fijar nuestro albergue entre aquellas montañas de tan magníficos horizontes, é internándonos con la fantasía hasta la horrible soledad y montuosa aspereza donde estuvo edificado el cenobio Armilatense, cuyas ruinas retrata todavía en su impetuoso nacimiento el Guadamellato, dirigíamos á los gloriosos santos formados en sus claustros aquella misma salutación afectuosa de Carlomagno al monje Paulo Diácono:

*« Hic celer egrediens, facili mea charta volatu,
Per sylvas, colles, valles quoque præpete cursu:
Alma Deo cari Benedicti tecta requirere
Est nam certa quies fessis venientibus illuc.
Hic solus hospitibus, piscis, hic panis abundat.
Lætus amor, et cultus Christi, simul omnibus horis.
Pax pia, meus humilis, pulchra, et concordia fratrum
Dic patri et sociis cunctis, salve, valete. »*

¡Oh vida dulce y tranquila, exclamaba yo: oh deliciosa soledad silvestre, morada única en que descansa con placer el ocupado pensamiento del viajero miéntras encomienda á tus vagarosas auras, embalsamadas al contacto del azahar y de la madreselva, los suspiros que le arranca su amada familia ausente!

Con mucha oportunidad vino á sacarme de la melancolía en que dulcemente se había hundido mi pensamiento, nuestra llegada al castillo de la Albayda. Allí nos improvisaron un excelente almuerzo que nos comunicó nuevas fuerzas para seguir soportando dolorosas impresiones de recuerdos de los tiempos pasados: vimos en la sombría montaña que sirve de fondo al castillo las ruinas del célebre monasterio Peñamelariense; vimos la torre de las siete esquinas, el rodadero de los lobos, otros sitios igualmente significativos en la historia de la edad-media cordobense; y por fin nos dirigimos hácia el solitario convento de San Gerónimo, á cuyo pié nos esperaba una sorpresa arqueológica de la mayor importancia.

PEDRO MABRAZO.

LA GOLONDRINA.

Luz, la graciosa aldeana
Que al nacer la primavera,
Vió subir á su ventana
La brillante enredadera
Que fué su encanto y su amor.

Hoy que al soplo del verano
La planta gentil espira
Perdido su adorno vano,
Luz la contempla y la mira
Sin asombro y sin dolor.

Y abre su casta ventana
La doncella encantadora,
Cuando la niebla lejana
Timidamente colora
La luz del amanecer.

Y tendiendo el vuelo leve
Desde la acacia vecina,
Sobre sus hombros de nieve
Se posa una golondrina
Con afanoso placer.

Ave azul, blanca y ligera
Que vuela en pos del estío;
Ave que va pasajera,
Como el pensamiento mio,
Buscando luz y calor.

Ave que rizado y bello,
Para inspirar confianza,
Lleva prendido en el cuello
Un lazo verde esperanza,
Prenda segura de amor.

Ave de incansable aliento,
Que atrás en su vuelo extraño
Se deja el rápido viento;
Ave impaciente que al año
Cruza dos veces la mar.

Ave que dice sus quejas
En breves notas al rio;
Ave que bajo las tejas
Del antiguo caserío
Vuelve su nido á colgar.

Ave llena de misterio,
Que al morir la tarde canta
En la cruz del Monasterio
Que atrevido se levanta
Sobre el rasgado peñon.

Ave de afanosa vida,
Ave azul y voladora,
Ave en el mundo perdida,
Ave en fin que Luz adora
Con todo su corazón.

Y es bello ver cómo tiende
Del ala la corva pluma,
Y haciendo un lazo se prende
Sobre aquel cielo de espuma,
Donde tranquila se está.

Y es tierno el ver la delicia
Con que la hermosa doncella
Con sus manos la acaricia;
Cómo mirándose en ella
Timidos besos le da.

Tierno corazón de ave,
En donde el amor se anida;
Golondrina que no sabe
Que aquí en el mundo se olvida
Un amor por otro amor.

Y de su cariño ufana
No ve el ave pasajera,
Que la inconstante aldeana
Olvidó á la enredadera
Para ganar su favor.

Y Luz, rayo de la aurora
En su amante sentimiento,
Olvida tal vez ó ignora
Que las aves son del viento
Y que tras el viento van.

No ve que la golondrina
Que hoy cautiva su albedrío,
Es un ave peregrina,
Que apenas pase el estío
Trás él sus alas irán.

Pero acude á su ventana
La doncella encantadora,
Cada vez que la lejana
Tímida niebla colora
La luz del amanecer.

Y dejando el frágil lecho,
Desde la acacia vecina
Viene á posarse en su pecho
La impaciente golondrina
Con afanoso placer.

Y buscando inquieta en donde
Apagar su sed ansiosa,
El pico entreabierto esconde
Entre los labios de rosa
De la doncella gentil.

Y por templar el exceso
De su inquietud, Luz temblando,
Le deja beber un beso,
Húmedo, apacible y blando
Como las auras de abril.

Golondrina, cuando el cielo
Sigue la flor del verano,
Y lleves tu raudó vuelo
Hacia otro clima lejano
Buscando luz y calor;

Dale otro amor á tu vida:
No vuelvas, desventurada,
Que es hermosa Luz y olvida,
Y tú, ave enamorada,
Eres su segundo amor.

José SELGAS Y CARRASCO.

Tipos y fisonomías del ejército de Oriente. — PROLOGO. — (Continuacion.) — (Véase el número 156)

II.

Hemos dicho que el orden reinaba á bordo; enhorabuena, pero esto no quiere decir que cada cual se encuentre en las condiciones de comodidad que son de apetecer; por el contrario nada es mas penoso para el soldado que ese viaje de pocos dias.

Si la travesía puede soportarse á bordo de buques de guerra, donde las cubiertas ofrecen al ménos un asilo á los viajeros, no sucede lo mismo en las corbetas de vapor ó de vela y sobre todo en los trasportes fletados por el Estado. En los primeros los hombres se hallan apretados, pero están á cubierto; en las corbetas y en los transportes, de dia y de noche que haga frio ó que llueva, el soldado no tiene otro refugio que la cubierta ni otra habitacion que su manta.

Añádase á esto que el tiempo no siempre es propicio y á poco que se alboroten las olas, es fácil imaginar cual debe ser el suplicio de todos esos pobres diablos que á veces ni siquiera tienen lugar suficiente para tenderse sobre cubierta: ahí se les ve encogidos, mortificados, inmóviles durante muchas horas; ¡ay de aquel que no sabe encontrar en su imaginacion recursos para crearse un bienestar relativo, y en su carácter bastante filosofía, para olvidarlo todo; á este el

mareo en las condiciones mas terribles, la desesperacion, la nostalgia.

Se concibe que en tales circunstancias se descuide un poco la ordenanza; para semejante servicio es natural que se economice un poco el uniforme, y ordinariamente el soldado le reemplaza con un traje de capricho.

Los mas sencillos se contentan con volver los capotes y los pantalones, á riesgo de trasformar todos los

bolsillos en alforjas; pero los hombres ingeniosos cortan en forma de talmas los morrales de campaña, y los mas elegantes se fabrican excelentes capas con las mantas de reglamento. El gorro de algodón completa generalmente este traje con bastante buen éxito.

A poco que ayude el tiempo, la alegría francesa concluye por triunfar de todo; durante el huracan cada uno se mantiene en la posición horizontal, se encierra con encarnizamiento bajo su manta y trata de olvidarlo todo; pero al primer rayo de sol, cuando todo el mundo se pone de pié, se oyen cánticos, se arreglan juegos, se entablan conversaciones, se suscita alguna contienda y se despierta el apetito.

Mucho ántes de la comida, principia á reunirse la

gente cerca de la cocina; los que primero llegan se deleitan con el espectáculo preliminar de las vastas calderas donde cuece el rancho; entónces nada puede distraerlos de esta interesante contemplacion; se cuentan los minutos con impaciencia.

¡Ah! qué apetito tan magnífico cuando hace buen tiempo, cuando se lee en el libro de *Loch* esta frase tan gustosa de la navegacion de vapor: «Buen tiempo, mar en calma.» En este caso, al punto que da la una, la



Tipos y fisonomías del ejército de Oriente. — Prólogo. — La comida á bordo.



El asalto á las ollas.



La siesta.

hora de la comida, el dicho timbre es acompañado á grande orquesta por todos los cacharros que hay á bordo. Entonces principia la distribucion; los rancheros llenan las marmitas con la porcion correspondiente de *potage-rata*. Este es el término, hé aquí la explicacion:

Para evitar el aparato lujoso de los platos, sin faltar, sin embargo, á la regla de suministrar las dos clases de comida que exige la ordenanza, se ha imaginado mezclar simplemente los dos servicios en una sola marmita. De esto resulta un revoltijo de pan, patatas, berzas, etc., y debajo se encuentran los pedazos de tocino ó de buey, piezas de resistencia de la comida. Naturalmente para que den por bueno este



La limpieza á bordo.

potage-rata es preciso que la cuchara se tenga derecha. Añaden á este la distribucion de pan ó galleta, las marmitas y las cantimploras en el centro del círculo y la mesa está puesta.

Algunos minutos despues se oye un gran final á toda orquesta; los instrumentistas apiñados rascan vanamente el fondo de las marmitas; ya cada cual no tiene mas que hacer que abandonar su puesto metiéndose la cuchara en el bolsillo cuando de repente se oye el grito; *A las sobras!* ¡*á las sobras!* Grito que devuelve cierta esperanza á los estómagos no saciados todavía.

Esta vez ya no se trata de llegar por órden: todo el mundo se precipita, se invade la cocina, se toman las ollas por asal-



La comedia.

to, y los mas listos recogen algunos restos que quedaban en el fondo de las marmitas. Despues de este último episodio la comida se concluye definitivamente, y llega el momento de las pipas, cigarrillos, etc.; es la hora de la siesta.

Entónces salen á relucir barajas cuya grasa solo habria podido definir Balzac. El juego de los cientos está á la moda. Tambien hay otros juegos muy singulares, cuyas combinaciones no se nos han quedado en la memoria: se ven piedrecillas y pedacitos de madera que maniobran sobre una especie de tablero de damas trazado en el suelo, y es de advertir que en todo esto no se juegan los años, como suele decirse, sino que salen á luz buenos sueldos; pero



La riña de gallos.

cuando se atraviesa una piececilla de plata todo el mundo se vuelve con asombro, y siempre hay alguno que exclama: « Este no es de los nuestros, es sin duda Rotschild que ha venido de incógnito por curiosidad. »

Pero no hemos apurado el capítulo de los placeres de la siesta. En principio el francés, por apurado que se encuentre, se arregla siempre de modo que pueda llevar consigo cuanto es menester no solo para que no duerman sus vicios, sino para procurarse en las situaciones ménos confortables, los placeres considerados en tiempos ordinarios como superfluos.

Parece mentira, pero á bordo se representan comedias. Los muchachos llevan figurillas, y cuan-

do no las improvisan. La escena es un *box*, un compartimiento de caballos; en un credo se arma un teatrillo de títeres, donde no falta nada, ni trajes, ni accesorios, ni figurantes; aquí no se temen indisposiciones ni desgracias, el empresario no se halla jamás apurado. Si el gato sabía cuyo estreno se anunció pomposamente sirvió de merienda la víspera á un zuavo inteligente, es reemplazado al instante por un perro cualquiera, salido no se sabe de donde, artista eminente y sobre todo demasiado flaco para que se convierta en comestible.

Sin embargo, se hace un anuncio de los infortunios del gato, y se suplica al público que tenga á bien ser indulgente con aquella indisposición súbita.

La representación comienza: el público está bien apiñado; asoma un títere, y como Rachel, es recibido por tres salvas de aplausos: «¡Abajo los sombreros! ¡Abajo los sombreros! ¡silencio, silencio, fuera!» Se reclama la intervención del comisario, y por fin el orden se restablece.

La representación se reduce á dichos y agudezas mas ó menos agudas, pero que hacen reír á todo el mundo. — Después tenemos las *riñas de gallos*, ejercicio singular que nos ha hecho pasar muy buenas horas después de la formenta. Hé aquí los pormenores de esa curiosa práctica:

Dos hombres tienen las muñecas ligadas; los brazos se hallan fijados á los muslos por un palo que pasa por entre las rodillas dobladas y los codos; les colocan uno frente á otro. El juego consiste en empujarse cada cual con la punta del dedo gordo del pié para hacer caer de lado al adversario; en esta posición el vencido se queda como la tortuga vuelta, hace mil esfuerzos pero no consigue levantarse. Entretanto, como es de suponer, los espectadores se ríen á carcajadas y se burlan del modo mas grotesco.

Luego las lecciones de equitación y algunas otras diversiones por el estilo, excitan de cuando en cuando el contento, y hacen olvidar por instantes á los soldados, la patria, los peligros vencidos, el tiempo malo y las horas pesadas.

Y el buque prosigue su marcha. Un navío que cruza y saluda; un hermoso volcan, Stromboli, que lanza á las nubes su vapor blanco y sulfuroso, todo es recreo, todo es motivo para los mas burlescos comentarios.

Por fin estamos en el estrecho de Mesina; hémos aquí enfrente de la ciudad graciosa... Pero como no abrigamos las pretensiones de un escritor, pasamos por alto las grandes descripciones. Sin embargo, de paso queremos decir cuatro palabras desagradables á la administración sanitaria de la ciudad. Unos botes muy sucios con unos hombres muy viejos, muy feos y muy mal vestidos, salen delante de los buques, enarbolan un pabellon amarillo agujereado y remendado, y como representantes de las autoridades de Mesina, nos dicen:

- ¿De dónde venis?
- De Francia.
- Al lazareto y pronto.
- ¿De España?
- Inmediatamente al lazareto.
- ¿De Inglaterra?
- Al lazareto sin tardanza.

En todas partes muere gente todos los dias, de modo que hay enfermedades, y por consiguiente al lazareto; el razonamiento no me parece muy descabellado. — Sin embargo, á la vista de los oficiales generales, la prudente administración concluyó por abandonar un poco sus rigores; algunos privilegiados pueden saltar á tierra.

Pocas horas después nos traen á bordo sus impresiones de viaje. — Mesina, ciudad graciosa decíamos ántes, y sin embargo, no puede salirse de ella sin un sentimiento de tristeza, pues esa ciudad de palacios y de grandes señores, presenta la señal aflictiva de una miseria degradante y mal disimulada.

Pero prosigamos nuestro viaje, que ya no será largo. Sesenta horas de mar todavía y estaremos ya en el Pireo.

D. B.

Revista de Paris.

Saludemos el año que principia y echemos una última mirada al que concluyó: seguramente, 1855 tendrá un puesto importante en la historia y será una época muy célebre por los acontecimientos que en él se realizaron. El triunfo de los ejércitos aliados en la Crimea será su eterna gloria militar y política: la Exposición Universal celebrada en Paris dejará un eterno recuerdo brillante también en sus anales. El resumen característico del año se encierra en esos dos sucesos, ambos grandes en sí, y grandes además en sus consecuencias. Pero no es nuestro ánimo descomponer y analizar aquí los elementos constitutivos de esos hechos históricos; nuestra tarea es otra, el reducido cuadro de la crónica parisiense no podría abrazar asuntos de una naturaleza tan vasta y tan compleja. Encerrándonos, pues, en nuestro humilde cuadro, y una vez consignada esa doble importancia del año difunto, podremos consagrar cuatro líneas en otro terreno á su examen retrospectivo.

Pocos tan fecundos como él se han presentado á los autores que ponen en escena la revista general de Paris, haciendo una vez cada año para el teatro. lo que nosotros hacemos aquí una vez por semana. La Exposición Universal es el gran elemento para esa comedia ligera, el blanco de los dardos punzantes de la sátira, el asunto primordial para esa serie de cuadros en que desarrolla los acontecimientos del año la musa dramática. Pero además por todas partes

donde vuelva la vista puede encontrar alimento. En el capítulo de las invenciones no hay mas que abrir los anales del palacio de la Industria y se hallarán riquezas. ¡Cuán lejos estamos de aquellos años que tuvieron por toda historia la invención del cloroformo y la pólvora de algodón, ó de los posteriores que se ilustraron con un baile nuevo, con una moda nueva! El verano de 1855 en Paris con su Exposición Universal y otras que solo eran francesas, con su poblacion de forasteros, con su industrialismo en plena explotación en todos sus ramos, con los mil incidentes y aventuras de la vida de ruido y movimiento que hubo que sobrellevar en ese tiempo, hé ahí una fuente abundante de asuntos de comedia.

En cambio ese año que acaba de finalizar cuenta muy pocos títulos de gloria en el dominio literario. Ninguna obra brillante, ninguna de esas obras llamadas á recibir los homenajes de la posteridad ha florecido en todo su reinado. El teatro ha pasado todo el estío viviendo con el viejo repertorio, y sin embargo ha cobrado en esos doce meses su renta anual ordinaria de doscientas á trescientas piezas nuevas. Ningun gran escritor, ningun artista extraordinario ha salido del suelo parisiense; y por el contrario han desaparecido de él algunos talentos ilustres.

Pero otro rasgo muy característico grabará la fecha del año último en la memoria de un crecido número de gentes: queremos hablar de las especulaciones de la Bolsa que han enriquecido á unos y arruinado á otros; vicisitudes de la suerte que como era de esperar han ejercido una grande influencia sobre el capítulo de los aguinaldos. Los favorecidos por la fortuna han tenido buena ocasion este año de penetrar espléndidamente en el mundo elegante. Jamás como estos dias se han visto las tiendas de Paris tan ricamente adornadas.

En estos brillantes almacenes donde acude la flor de los visitantes escogidos, se representan algunas escenas muy graciosas de la comedia parisiense. Hermosas damas proclaman en voz alta su admiración por los objetos de precio crecidos que anhelarian poseer, y hay generosos galanes en acecho para espiar esos deseos tan poco disimulados. Las fruslerías mas preciosas compradas de antemano permanecen en la tienda hasta la víspera del día de año nuevo con un rótulo que dice el nombre de su dueño. Uno de estos vanidosos compradores ha llamado la atención entre todos; su nombre se veía en una docena de objetos de mucho valor comprados en las cuatro ó seis tiendas mas á la moda. «Vendido á M. de X...» decia el letrado; y las curiosas preguntaban y exclamaban:

- ¿Quién es este M. de X... que compra cosas tan magníficas y hace tantos regalos?
- Debe ser muy rico y muy amable.
- ¿Le conoce Vd.? ¿Es joven ó viejo? ¿Soltero ó casado?
- Me hará Vd. el favor de presentármelo.
- Lo que es yo le convidó á mi primer baile.

Resultado de estos rótulos declaratorios que algunas personas se ven comprometidas otro dia, pues hay regalos que quieren permanecer secretos, lo que no es posible cuando han estado expuestos una semana á las miradas y á los comentarios de todo Paris. Después de haber firmado su donativo con todas sus letras, el donador no puede ya reclamar el discreto beneficio del anónimo; pero á veces esto se practica también con una intención premeditada.

Muchas reuniones particulares acostumbra á tenerse en Paris la víspera del día de año nuevo. Los parisienses quieren solemnizar la hora de la transición, y las personas supersticiosas piensan que ese primer momento debe ejercer una grande influencia sobre todo el año. El año será bueno si entran en él alegremente y bajo el encanto de una impresión agradable. Cada uno de estos devotos á la religión de los presagios se gobierna de modo que la hora de las doce le halle en el ejercicio de su ocupación favorita. La primera campanada que anuncia á la vez el requiem del año difunto y el bautismo del año que nace, es la señal del gozo: los sonidos del reloj se apagan con estrepitosas carcajadas.

El hombre que tiene la pretensión de ser gracioso dice una agudeza reservada cuidadosamente para la circunstancia, y ya está seguro de recoger una buena cosecha de chistes en los doce meses que principian.

— ¡Ni un triunfo siquiera! exclama una aficionada á los naipes, sentada á una mesa de juego; es una advertencia del Señor; no tocaré las cartas en todo el año.

Voto indiscreto, juramento que será violado á la otra noche.

Los bailarines entran ligeramente y con gracia en el año nuevo con un par de vueltas de wals ó con una polka.

Los amantes se dirigen á hurtadillas miradas de ternura, y este es seguramente el mas feliz de todos los presagios. Así va Paris en esa noche del lunes que empezaba el año último y concluía en el año presente.

Fuera de las reuniones la superstición sigue su curso. Aquí es el baile ó el juego, en otra parte la fiesta de familia. En esa noche hay muchas cenas en Paris: el gastrónomo quiere que la hora fatal le sorprenda con un tenedor en una mano y en la otra una copa. — Luego hay dulces conversaciones entre personas íntimas: — una carta que se escribe dictando el corazón; — una risueña melodía que corre sobre el piano, una alegre canción lanzada al eco fatal de las doce.

Pero los mismos aguinaldos se hallan instituidos quizá por la superstición: se deseó inaugurar el año nuevo con la generosidad, el placer y la gratitud, y el oráculo dijo: «Los mas dichosos serán aquellos que mas hayan dado.»

Existe en el mundo parisiense un hombre de bien y muy sensato, muy rico y generoso, que una vez después de haber extendido su presupuesto de aguinaldos con la enumeración exacta y detallada de los objetos que tenía intención de regalar, halló un total de coste que ascendía á mil pe-

sos. Poco mas poco menos esta suma habia gastado todos los años para cubrir las exigencias de ese dia terrible: podia gastarla es verdad, pero se le ocurrieron ciertas reflexiones filosóficas que desviaron el rumbo de su empleo.

— ¿Para qué, se dijo, tanto dinero gastado en fruslerías en juguetes que se rompen tan pronto, en almendras que desaparecen con tanta rapidez, en oropeles, en cartones comprados á precio de oro, en bagatelas de todo punto inútiles que no me valdrán mas que una sonrisa, una palabra de agradecimiento? Mil pesos pueden colocarse mucho mejor, y así celebraré mas dignamente la inauguración del año nuevo.

Bajo la influencia de estas ideas, nuestro filósofo se dirigió ¡no lo advinará el lector! á la alcaldía de la cárcel por deudas, tomó algunos informes, y la víspera del primer dia del año, dos padres de familia, los mas dignos de interés entre los presos, llegaron á saber que un desconocido habia pagado sus deudas y que estaban libres. El dinero de los aguinaldos habia sido consagrado á esa acción caritativa.

El filántropo se contentó, pues, con enviar su tarjeta á los amigos y conocidos, y pasó un buen dia pensando en la felicidad de los cautivos redimidos; figurábase la alegría de estos pobres y la sorpresa de las dos familias al ver en su seno al esposo y al padre que una triste ausencia habia tenido ausente del lugar doméstico.

- Aquí estoy, miradme libre.
- ¿Pero cómo ha sido eso? No se puede saber...
- No por cierto; yo tambien lo ignoro, lo único que sé es que todo está pagado.
- ¿Y á quién debemos agradecerlo?
- Imposible saberlo; el bienhechor se oculta cuidadosamente.

— Entónces solo podemos pedir á Dios por él; Dios le conoce.

Y estas oraciones al Señor, este agradecimiento profundo, suplían con mucha ventaja las sonrisas y las lisonjas que el filántropo habia perdido.

Pero además, para que la alegría de sus protegidos fuese completa, y para que ese dia feliz pudiese ser festejado dignamente por las familias, cada una de ellas recibió de parte de un desconocido un canasto copiosamente relleno de buenos víveres y de algunas botellas de vino rancio, lo cual costaba poco mas ó menos lo mismo que un par de cucuruchos de dulces envueltos en papelillos plateados ó dorados é ilustrados con versitos proféticos.

Y el bienhechor comió aquel dia con un apetito del mejor agüero para sus comidas del resto del año. Este sistema de aguinaldos le ha parecido tan ventajoso que desde entónces ha continuado practicándole: cada año emplea religiosamente mil pesos en socorrer á un par de infortunados presos por deudas, ó amenazados de cárcel. El buen filántropo se habia propuesto, por modestia, guardar para sí el secreto de su buena acción, importándole poco que le tomaran por un avaro; pero llegó á pensar que no podia callarse enteramente, y reuniendo á las personas á quienes acostumbraba á obsequiar en otro tiempo, explicó el caso y les dijo:

— Esto he hecho; cada uno de Vds. tiene una parte en la buena acción puesta que se realiza en perjuicio de todos, de modo que es muy justo que tambien tomen Vds. su parte de la satisfacción que inspira y de las bendiciones que produce.

El martes último renovaba á los interesados su manifestación que, como es de suponer, no producía en ellos el efecto que habria deseado el filántropo.

Otro rasgo de beneficencia inspirado por la solemnidad del dia de año nuevo tenia lugar en una brillante reunion particular que se dió la víspera de esa fiesta, el lunes último. La señora de la casa, una joven hermosa y recién casada, habia recibido ya ese dia todos los regalos que esperaba y algunos mas con que no habia contado. Una gran mesa redonda colocada en medio de la sala contenía todos los aguinaldos de la joven esposa: los concurrentes admiraban aquellos objetos y felicitaban á la dama que veía en su posesion tantas y tan bonitas cosas.

— Sí, respondió la joven, muy gustosa he recibido todo eso, y como me precio de insaciable, quiero que todas estas maravillas me procuren un nuevo placer, el de privarme de ellas y transformarlas en limosnas.

Y añadiendo algunas palabras tan finas como graciosas á las personas á quienes debia tales obsequios, anunció que todos aquellos presentes iban á rifarse.

El proyecto mereció la aprobación de todo el mundo; tasáronse los objetos y se improvisaron billetes que se colocaron inmediatamente. Enseguida se celebró el sorteo; nadie se quedó sin ganar alguna cosa, la noche se pasó alegremente, y los pobres se habrán llevado algunos miles de francos.

Pero los grandes aguinaldos de los pobres han sido dados por el gobierno. Altamente conmovidos con los padecimientos de las clases menesterosas en este crudo invierno, el Emperador y la Emperatriz han querido aliviar eficazmente esas miserias, y bajo su alto patrocinio se establecen hoy en Paris, y en breve se establecerán en toda Francia, grandes cocinas económicas donde mediante una retribución excesivamente módica, se dará de comer á cuantos se presenten. Las hermanas de San Vicente de Paula han aceptado el trabajo encargo de servir á los consumidores. El gobierno se impone grandes sacrificios para dar por menos de su valor un alimento sano y bien condimentado á los pobres, pero estos útiles establecimientos son sin duda la obra de caridad mas directa que se ha hecho en ningún tiempo, y se proseguirá sin descanso la obra de su instalación, á pesar de los crecidos gastos que ocasionan.

El jueves de la semana anterior se abrieron cuatro de estas cocinas económicas en Paris, y en dos de ellas todos

los alimentos preparados se vendieron con una celeridad extraordinaria. — Tal ha sido el aguinaldo de los pobres que reúne á su valor intrínseco bien reconocido y agradecido ya por la población necesitada, la circunstancia muy notable de la duración, que no es por cierto el carácter distintivo de los aguinaldos.

MARIANO URRABIETA.

Crónica musical.

OPERA-COMIQUE: *Les Saisons*. — TEATRO ITALIANO: *La Sonnambula*. — OPERA-FRANCESA: *Pantagruel*. — *Le Prophète*, para la nueva presentación en la escena de Mme. Tedesco.

Empezaríamos nuestra revista filarmónica por la ópera cómica, que acaba de ofrecernos M. Emile Perrin, en su linda *salle Favart*, titulada *Les Saisons*, (*Las cuatro estaciones*). Los libretistas ó sea autores de poemas que componen para este teatro, entre los cuales figuran á la cabeza de los más hábiles y entendidos los señores Scribe, Saint-George y Leuven, componen piezas tan ingeniosas é interesantes, — siendo buena muestra de ello *Le Domino noir*, *les Mousquetaires la Reine*, *Le songe d'une nuit d'été*, y cien otras que pudiéramos citar; — que bastaría la intriga y las situaciones por sí solas á cautivar la atención del espectador, sin el poderoso auxilio de la música de los justamente célebres compositores Mayerbeer, Auber, Adam, Halevy, Thomas, etc. Pero respecto á la ópera que nos ocupa, no brilla seguramente por la belleza del libretto, cuya idea médica, que dejamos á la discusión de la Facultad de Medicina, nos parece apoyarse en un supuesto falso, y como falso inverosímil. Según los autores MM. Barbier y Carré, existe en Francia un departamento ó provincia en donde el dormir al sereno produce gota serena: y dos jóvenes que tienen la imprudencia de dormirse en el campo, se quedan ciegos. Una de estas ciegas es la protagonista de la ópera, — representada y cantada por Mlle. Duprez, — y la otra ciega, que ni representa ni canta, solo sirve para atravesar la escena como para indicar al espectador que no vaya á aquel pueblo, sobre todo si es dormilón, por el riesgo de cegar; á ménos que no sea oculista dedicado á la curación de la catarata, en cuyo caso se le presenta allí la ocasión de ganar montes de oro.

El primer acto pasa en verano durante la siega, y el viejo Nicolás, avaro y vengativo, idea toda suerte de enredos para eludir la palabra que tiene empeñada á su hijo Pedro, y de casarle con la graciosa Simonne. El segundo es en otoño, y el rival despreciado de Pedro, Santiago, se ocupa en sus lagares en la fabricación del vino: y la mejor prueba de que éste no está todavía bautizado, es que se le sube á la cabeza al iracundo Santiago, y rompe de un trastazo la de su rival en un momento de celos y de coraje.

La pobre ciega Simonne, causa inocente de tal catástrofe, huye despavorida de aquellos sitios, con gran satisfacción del viejo avaro, que juzgándose libre de ella, finge una enfermedad (que afortunadamente pasa en el entreacto) para mejor obligar á su hijo á casarse con Zenobie, la rica dueña de la mejor hostería del pueblo. El tercer acto pasa en invierno, y ya Pedro ha consentido en casarse con la que no ama, haciéndose cuenta sin duda de que las noches de invierno son demasiado frías para hombres solteros: pero como Dios mejora sus horas, el celoso rival que pegó el tantarantán en otoño, se arrepiente en invierno, y maneja tan bien su intriga, favorecida por la casualidad, que descompone los planes del viejo avaro Nicolás, le encierra en un cuarto, y hace subir á su rival y á su bella ingrata en el mismo carruaje en que Nicolás se proponía llevarla por fuerza, no sabemos sí á arrojarla por algun derrumbadero.

Un telón que figura los signos del zodiaco nos hace esperar cinco minutos á que llegue la risueña primavera, y el último acto (que es mas bien una escena) se reduce al casamiento de los dos felices amantes, y al de la envidiosa Zenobie con el tonto de ordenanza que hay siempre en todas las óperas cómicas.

En este argumento tan simple como inverosímil, hay sin embargo detalles y golpes maestros que demuestran el mucho talento y los conocimientos de los resortes teatrales que poseen los señores Barbier y Carré. La música del excelente maestro M. Massé (el inspirado autor de *Galathée* y de *Les noces de Jeannette*), es fácil, agradable y bien adaptada á las situaciones.

Las piezas más aplaudidas han sido la canción que canta Bataille, el duo de Bataille con Couderc, el aria de Mlle. Duprez, y las coplas de Sainte-Foy. — Lo que aquí en Francia llaman la *mise en scène* es digna del mayor elogio, pues los progresos del arte teatral reclaman tal propiedad escénica. En *Les saisons* los labradores son *labradores*, y las aldeanas *aldeanas*. Las camisas son ordinarias, las telas de estameña y paño burdo. Las pastoras con faldas de raso y zapatos de tabinete, estaban bien en los libros de Florian, pero yo no las he visto jamás ni en los Pirineos ni en la Alcarria, y sin duda á Mme. Sand le ha sucedido lo que á mí, y por eso se le debe á ella esta invención que ha sido la primera á crear en sus comedias. Concluyamos con este teatro elogiando, — como se merece, — á Mlle. Duprez, Bataille, Sainte-Foy, Couderc y Delaunay. Mlle. Lemercier también dijo muy bien su parte. ¡Ojalá se hubiese vestido con mas propiedad! La *cabaretiere* de aquel pueblo de aldeanos no debía usar tanto lujo diariamente. La prueba es que el día de la boda no tiene ya nada nuevo que ponerse, porque desde el principio se lo había echado todo encima, y — cosa sorprendente — en ningún periódico he leído que la hayan censurado el que use el mismo vestido sin quitárselo un año entero, en verano, otoño, invierno y primavera. El público

no ve muchas cosas, y los periodistas hacemos muchas veces la vista corta.

En el Teatro Imperial Italiano se ha cantado el martes *La Sonnambula* para el debut de Mlle. Boccabadati, siendo esta partitura la novena puesta en escena en ménos de tres meses. La música de esta deliciosa obra del inmortal Bellini produce siempre el mismo efecto entre la escogida concurrencia que asiste habitualmente á este coliseo. Todo el mundo sabe en París que la señorita Boccabadati, (una de las mejores cantantes de Italia) ha tenido la desgracia de estar enferma desde su llegada á Francia, y apenas repuesta se ha presentado en escena con el miedo natural á una primera presentación en la primera escena musical de Europa. Sin embargo de esto, triunfó de su situación con habilidad y maestría, cantando la parte de Amina con la inteligencia y buen gusto que hasta el gran compositor del siglo reconoce en ella. La señorita Virginia sostiene dignamente el esclarecido apellido musical que lleva, y estamos seguros de que cada nueva ópera que cante será un nuevo triunfo para ella. El tenor Mongini demostró lo que adelanta de día en día, y el agradable timbre de su argentina voz, así como la inteligencia con que se sirvió de ella, aun en aquellas piezas en que tenía que luchar con los recuerdos de Rubini, (pues todos saben que el papel de *Elvira* era uno de los predilectos del gran tenor) le valieron justos y merecidísimos aplausos. Los artistas fueron llamados varias veces á la escena, pues cada uno en su papel, hasta la señorita Pozzi en el de Lisa, todos llenaron su parte debidamente, y contribuyeron á ese perfecto conjunto, sin el cual naufraga la mejor obra de teatro.

El director, señor Calzado, con ese celo que todos le reconocen, dispone ya la décima ópera: será la bellísima de Rossini que lleva por título *Matilde di Shabran*, de la cual daremos cuenta á su debido tiempo á nuestros lectores.

En el Teatro Imperial de la Opera se ha estrenado una bufa en dos actos, poema de M. Trianon, música de M. Labarre, titulada *Pantagruel*. La primera representación ha tenido lugar el 24 (Noche-buena), sin duda porque á imitación de lo que se practica en algunos teatros de Londres y de Madrid ese día, el director del Gran-Teatro ha querido estrenar una pieza carnavalesca. Aprobamos en este teatro *Le Philtre* (*L'Elixir*), aunque jocosa, pero no nos parece que debe ir mas allá en el género bufon. La escena del *Profeta*, *Roberto el Diablo* y *la Judía* está reservada á mas grandes cosas. Parece que el público es de nuestra opinión, pues *Pantagruel* ha sido retirado del repertorio despues de la primera representación.

Afortunadamente M. Crosnier ha tomado su revancha, pues la representación dada en la noche del 2 ha sido brillante, y la Sra. Tedesco, tan ventajosamente conocida ya en esta misma escena, ha sido justamente aplaudida en el papel de *Fidés* en la magnífica ópera de Mayerbeer *EL PROFETA*.

JUAN DEL PERAL.

Honduras (América Central.)

Sobre las costas de Honduras Colon puso el pié por primera vez en el continente de América. En su cuarto viaje (1502) descubrió la isla de Guanaja (llamada hoy por algunos Bonacca) desde donde distinguió en lontananza al Sur las altas montañas de la tierra firme. Prosiguiendo su viaje en esa dirección, desembarcó el 14 de agosto sobre una punta que llamó *Punta de Casinas*, hoy *Cabo de Honduras*, y tomó posesión del país en nombre de la corona de España. Despues siguió la costa al Este y despues de haber corrido grandes peligros llegó á un cabo de cuya otra parte la tierra corría al Sur; en reconocimiento por su salvación le dió el nombre de *Cabo Gracias á Dios*. El término de ese viaje se hizo el límite del Estado de Honduras.

Ménos de veinte años despues de este descubrimiento el conquistador de Méjico, Hernán-Cortés, excitado por la descripción de los vastos y populosos reinos situados al Sur, emprendió una expedición por el Estado de Honduras llamado entonces *Hibureas* ó *Higueras*. Esta expedición aventurada, tanto por su larga duración como por sus muchas dificultades, no tiene precedente en los anales de los viajes y figurará siempre en la historia como la empresa mas temeraria y mas brillante de los conquistadores del Nuevo-Mundo.

Salido del istmo de Tehuantepec Cortés penetró atrevidamente en las vastas soledades desconocidas que separaban las fronteras de Méjico de las nuevas tierras que buscaba. Dos años enteros luchó contra toda clase de obstáculos con una paciencia y un valor sobrenatural; atravesó páramos fangosos, ríos anchos y profundos, montañas elevadas y desiertas, y llegó por fin al lugar donde Colon había pisado por primera vez la tierra de Honduras. Allí despues de haber recibido la sumisión de los jefes de las cercanías, fundó la ciudad de Trujillo en la bahía de este nombre, y luego volviendo al Oeste fundó también la de Natividad en el puerto llamado Puerto Caballos que por su ventajosa posición, pensaba llegaría á ser el gran depósito de la Nueva-España.

Despues de Colon y de Cortés vinieron un crecido número de valientes y activos capitanes que exploraron la comarca, y la sometieron tan rápidamente que en 1540, Honduras poseía ya muchas ciudades florecientes, y ya se había establecido la Audiencia ó residencia del gobierno. Despues la Audiencia se trasladó á Guatemala, y desde entonces hasta la época de la independencia de los Estados españoles de América, Honduras formó una parte del reino, ó capitania general de Guatemala, que comprendía las provincias de Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa-Rica. Estas provincias se emanciparon de la España en 1821, y poco despues se

unieron en una confederación llamada las «Repúblicas de la América Central;» pero esta alianza se disolvió en 1839 y despues los diferentes Estados ejercieron y ejercen aisladamente su poder soberano.

Considerado geográficamente el Estado de Honduras se halla limitado al Norte y al Este por el mar de las Antillas y se extiende desde las cercanías de la embocadura del Río Motagua al Cabo Gracias á Dios; al Sur está limitado por el río Wanks (que le separa del Estado de Nicaragua), la bahía de Fonseca y el Estado de San Salvador; por fin al Oeste tiene por límite el Estado de Guatemala. El Honduras presenta un desarrollo de costas de unas 400 millas sobre el océano Atlántico, y de 60 únicamente sobre el océano Pacífico, con excelentes puertos en muchos mares. Su superficie es de 39,600 millas cuadradas, y su población puede calcularse en 350,000 almas. La configuración topográfica del Estado de Honduras es muy notable. M. Squier, á quien ambos mundos deben la mejor obra que se ha escrito sobre la geografía y los recursos de esa comarca poco conocida (1), dice con mucha razón que en cuanto á clima y producciones ese país presenta un resumen de todas las demás comarcas del globo.

Las Cordilleras, ó sea la gran cadena longitudinal que forma la línea de división de las aguas que corren las unas al mar Pacífico, las otras hácia el Atlántico, atraviesan el Estado en una dirección general Noroeste y Sudeste. Su trazado es ondulado, se repliega frecuentemente sobre sí mismo, y forma valles interiores en los cuales los diferentes ríos reúnen sus aguas. Esta cadena se halla interrumpida en toda la anchura del continente por un valle que, en cuanto á la facilidad que ofrece para establecer una comunicación económica y rápida entre los dos Océanos, puede considerarse como el carácter topográfico mas notable de la comarca. De esta interrupción es causa el gran valle, ó mejor dicho la llanura de Comayagua, cuyo eje longitudinal, del Norte al Sur, corta casi en ángulo recto la dirección de las Cordilleras que aquí se repliegan sobre sí mismas, corren por la orilla de la llanura al Este y al Oeste y dejan en la cadena una larga intermisión que se extiende de un mar ó otro. Los ríos Humaya y Goascoran nacen en lo alto de esa llanura y casi juntos, el primero para dirigirse al Norte en la bahía de Honduras, el segundo para correr al Sur en la bahía de Fonseca. La llanura de Comayagua tiene una elevación por término medio, de 1900 piés, en tanto que la altura general de las Cordilleras tiene de 6 á 7,000 piés sobre el nivel del mar.

Las facilidades que ofrece esa disposición para establecer una comunicación interoceánica, y la presencia de excelentes puertos en las dos extremidades de esa línea llamaron la atención del mundo comercial. Con el espíritu emprendedor que distingue á los americanos, las cosas han marchado rápidamente, y apenas hace dos años que descubrió ese paso M. Squier cuando ya han levantado ingenieros competentes los planos de un ferrocarril y, obtenidas las concesiones necesarias del gobierno de Honduras, se ha formado una compañía en Nueva-York para subvenir á los gastos de construcción y se han contratado ya todas las obras. Cuando esté concluido el camino proyectado realizará sobre el de Panamá (el único practicable á través del istmo de la América Central) una economía de 21 grados de latitud, ó 1,300 millas de navegación, y por la superioridad de sus puertos, la facilidad de embarque y desembarque otra economía de ocho días de tiempo en los viajes de la Europa ó de las costas atlánticas de los Estados-Unidos á los grandes centros de comercio en el océano Pacífico, esto es, la California, las islas Sandwich, la China, el Japon y las Indias Orientales. Por ese nuevo camino y con el grado de velocidad actual, los pasajes podrán efectuarse por ferrocarriles y vapores de Nueva-York á la California en *catorce días*, y de Londres y de París para la Australia y la China en cuarenta días (2).

Ese descubrimiento hermoso y útil da á todo lo que concierne al Estado de Honduras un interés de actualidad tanto mayor cuanto que ese país era casi ignorado en Europa ántes de los trabajos de M. Squier. Las grandes masas de la emigración, las empresas del comercio pasaron cerca de sus orillas, y hasta el viajero en busca de aventuras, le descuidó como indigno de llamar su atención. Hoy al cabo de tres siglos de indiferencia y de oscuridad, se ve arrastrado de repente en la esfera del movimiento moderno, y se hace un elemento importante en la solución de uno de los mayores problemas de nuestra época. Un exámen atento da á conocer que ese país no solo presenta una configuración ventajosa para unir ambos océanos, sino que posee también vastos recursos capaces de recompensar dignamente los hombres industrioses y emprendedores que vayan allí á buscar fortuna. Sus montañas se hallan literalmente llenas de los mas preciosos minerales, y ya hay compañías de mineros que abandonan la California para ir á recoger oro en los placeres mas abundantes del departamento de Olancho.

En cuanto á la agricultura el Estado de Honduras ofrece producciones ricas y variadas. Sobre las costas del Atlántico el suelo que, abandonado á la naturaleza alimenta inmensos bosques de árboles preciosos, da, cuando

(1) *Notes on Central America*; particularly the States of Honduras and San Salvador, their Geography, Topography, Climate, Population, Resources, Productions, etc.; and the Proposed Honduras Interoceanic Rail-way; by E. G. Squier, formerly Minister of the United States to the Republics of Central America. — With originals maps and illustrations, New-York, 1855; in-8° de 400 pages.

(2) *V. Chemin de fer inter océanique de Honduras*; in-8°. Paris, 1855. — Mathias.

está cultivado ricas cosechas de café, cacao, algodón, arroz, añil, tabaco, maíz y otros artículos tropicales en tanto que sobre las alturas de las montañas y en las altas mesetas del interior donde los pinos suplantán á los otros árboles, la tierra produce en igual abundancia los cereales, la patata, la viña, las frutas del Norte y del Centro de la Europa con otros productos indígenas.

En cuanto al clima, preciso es observar que las costas septentrionales y meridionales presentan una temperatura mas elevada que las otras partes del país. Esta temperatura disminuye á medida que se penetra en el interior, y se siente la influencia modificativa de las montañas aun antes que el aumento de la altura sea bien perceptible. Las mesetas tienen necesariamente un clima que cambia con su elevacion sobre la mar y su exposicion á los vientos dominantes. En resumen, el clima de Honduras presenta una variedad adecuada á todas las exigencias y una temperatura favorable al cultivo de los productos de todas las zonas.

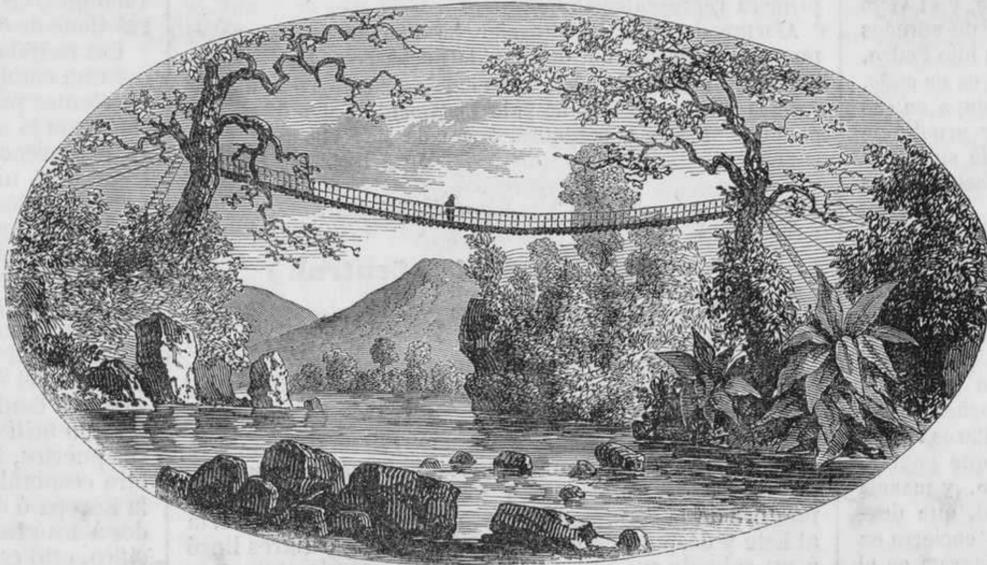
Los aspectos de la naturaleza son tan numerosos como característicos. Las condiciones de configuracion, de elevacion y por consiguiente de temperatura, la cantidad de lluvia que cae sobre los declives de las Cordilleras, todo contribuye á diversificar las formas de la vegetacion. Sin embargo, los tres



Estado de Honduras. — El rio de Santa-Rosa.



Mujer India de Honduras.



Puente colgante sobre el rio Mejecote.



Jóven indio de Honduras.

rasgos principales son estos : — Primero, los aluviones del litoral, generalmente cubiertos de espesos bosques; — luego los valles altos del interior desplegándose en vastas llanuras; — y por último, las mesetas elevadas de las montañas, con interminables pinares. En las profundidades de los bosques primitivos de la costa septentrional los leñadores ó los que cortan la caoba prosiguen su penosa tarea; con sus hachazos sonoros se mezclan los gritos de los boyeros que con veinte bueyes arrastran hasta las orillas de los rios los troncos de mahogoni. Los aluviones del litoral del océano Pacífico se hallan tambien cubiertos de monte frondoso pero no se extienden muy lejos; á corta distancia en el interior, ceden el puesto á muchas llanuras, á los *jicarales* sembrados de grupos de acacias y con plantíos de calabazas. Los valles de todas las corrientes de agua en una y otra costa se hallan tambien cubiertos de espeso bosque; pero á medida que se eleva en el interior esta vegetacion disminuye y se reduce á una franja de árboles y de zarzas que crecen en las márgenes de los rios. Estos valles en las partes mas altas del país se extienden á menudo en anchos y hermosos llanos cortados de monte, especie de terreno comun donde los productos de los trópicos y de las zonas



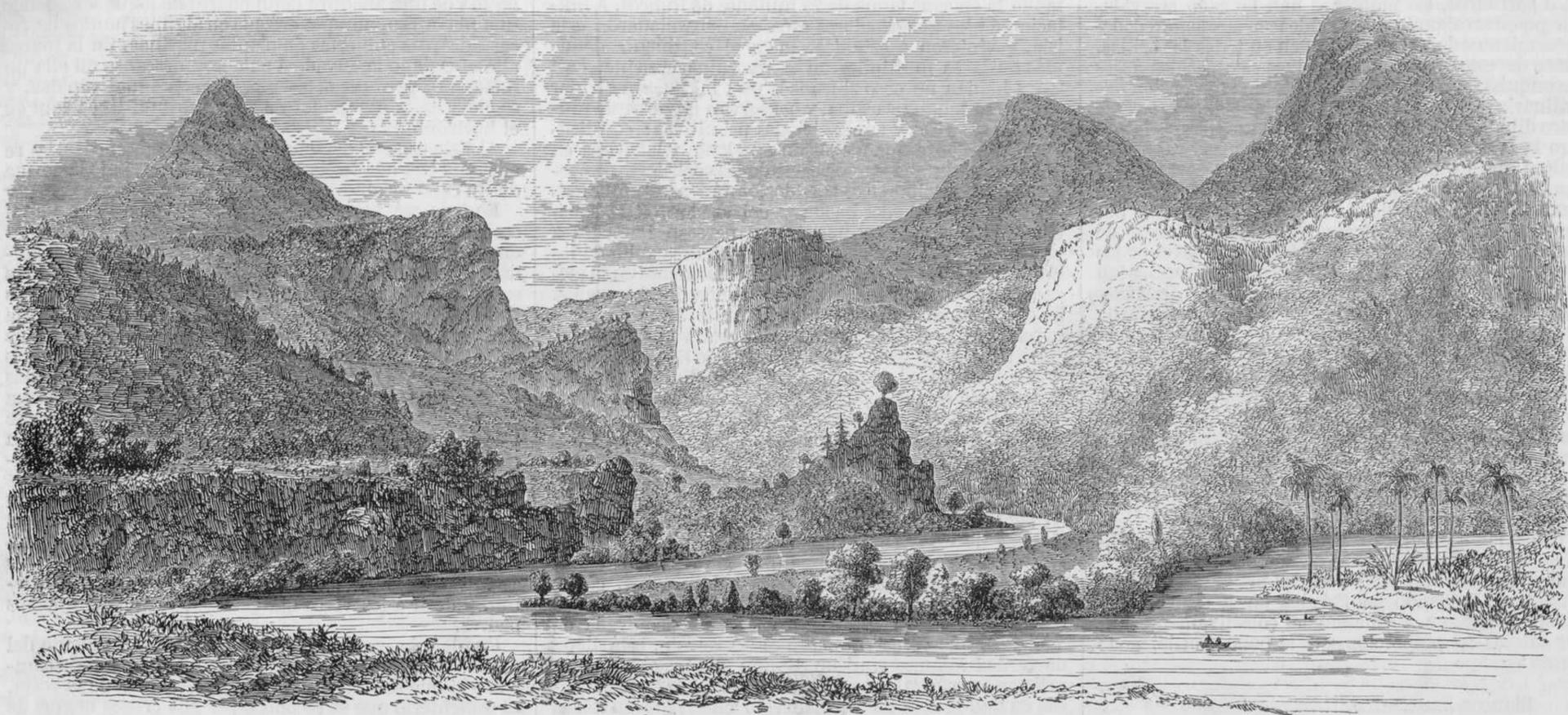
Rancho en el Estado de Honduras.

templadas la palmera y el pino, crecen juntos. En algunos de ellos las formas variadas de los cactus que á veces alcanzan una altura gigantesca y toman el aspecto de un bosque, les dan una fisonomía particular. Allí tambien aparece la pita con su monton de hojas de un verde blanquinoso erizadas de espinas agudas, elevando en columna su tallo ramificado en forma de candelabro para florecer una vez esparcir sus mil globulillos y morir. Las montañas en torno de estos valles se elevan en mesetas cubiertas de césped, coronados de pinos y de encinas donde los zarzales que obstruyen el paso se hallan cargados de moras silvestres. Los sembrados de trigo ondean al viento fresco de las montañas, y huertos de manzanos y melocotoneros luchando contra la negligencia del hombre, dan á estos distritos todos los aspectos de las zonas templadas. Cuando por la noche brillantes hogueras de leña resinosa iluminan todas las cabañas y llaman en su derredor á los habitantes á quienes la temperatura les pone en la necesidad de calentarse, el viajero apenas puede creer que está bajo los trópicos y solo á 14 grados del ecuador.

El aspecto geológico del Estado de Honduras, es tambien notable é interesante. Saliendo de la bahia y marchando hácia el Norte, se deja detrás la cadena costera y volcánica con sus altos picos de escorias cubiertas de yer-

bas, y se llega á grandes promontorios de rocas blancas y rosadas fragmentos sueltos de las mesetas centrales. Vistos á cierta distancia parecen peñones de basalto y presentan formas muy variadas. Entre ellos hay muchos filones minerales. Las rocas áridas reflejan la luz del sol que se desploma con su brillo deslumbrador á través de la atmósfera enrarecida de esas regiones elevadas. En las partes occidentales del Honduras entre las montañas de la provincia de Gracias, los contornos del paisaje son sombríos. Los rios reuniendo sus aguas en los remansos inferiores, se abren por entre las peñas un paso hasta los barrancos mas profundos; estas grietas á cuyo fondo no se puede llegar sino por medio de peligrosos senderos, ofrecen á menudo bandas de terreno de aluvion donde el indio construye su cabaña y cultiva algunos plátanos debajo de montes erizados de picos que parecen gigantescos centinelas en pié sobre sus trincheras de rocas.

Mayor variedad de árboles y una vegetacion mas abundante cubren las colinas y las montañas de la costa septentrional, que por consiguiente tienen un aspecto ménos severo que las del lado de la costa Pacífica, donde las lluvias no son tan constantes. Las colinas son mas bombeadas y las mon-



Estado de Honduras. — El río Mejecote.

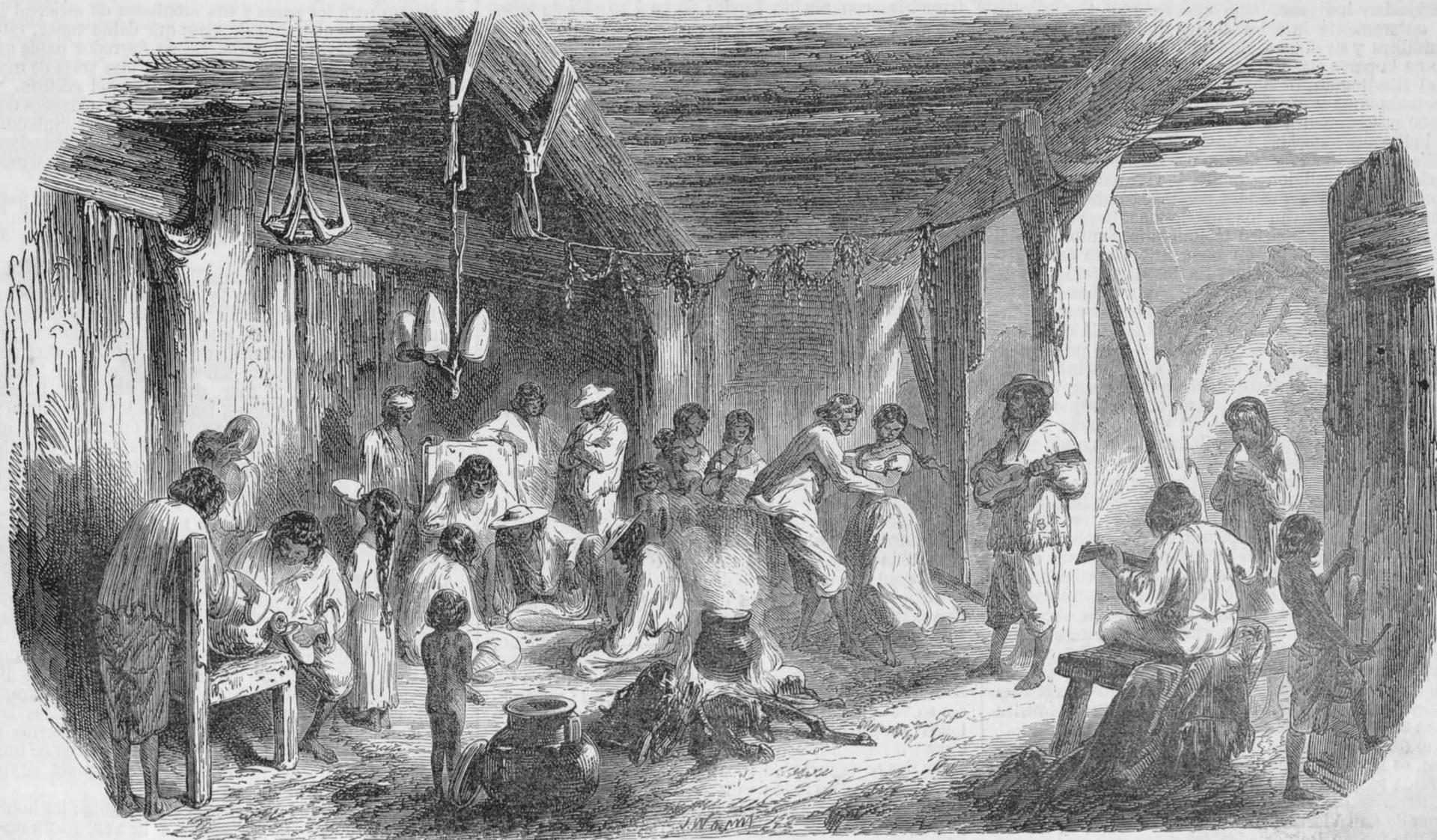
tañas aunque están á la misma altura, tienen contornos menos silvestres. Presentan menos picos y sus bosques mas densos suministran retiros mas convenientes para la multitud de animales variados que viven bajo los trópicos. Pájaros de un plumaje asombroso brillan entre las hojas de los árboles y una infinidad de monos juegan entre sus ramas. El *pecary* (especie de jabalí) y el hormiguero se abrigan bajo su sombra; el *puma* (especie de tigre) y el *conguar* (leon mejicano sin melena que algunos naturalistas confunden equivocadamente con el puma) están en acecho en esos profundos retiros. Aquí se encuentran también el boa y otras serpientes, el mortal *tamangas* y el brillante *corral*. La vainilla baja en festones de las ramas, la zarzaparrilla forma venas en el suelo con su raíz curativa, y en tanto que sobre el otro lado del continente la plata encerrada en el cuarzo excita á los hombres á las masa



Cabeza de ídolo hallada en Yulpates. — Jarron de cuarzo hallado en Comayagua.

duras faenas, aquí el oro brilla en casi todas las corrientes de agua, y entrega sus partículas sin el menor trabajo. De este modo la naturaleza, pródiga de sus dones ha encerrado en los límites comparativamente bastante estrechos del Estado de Honduras una variedad de aspectos, de climas y de producciones como no se encuentra en un espacio igual de país en ninguna otra parte sobre la superficie del globo.

Los vastos recursos materiales de Honduras no se han desarrollado todavía. El país, aunque posee muchas poblaciones muy bien edificadas, carece casi enteramente de caminos, de puentes y otras facilidades de comunicaciones interiores. El viajero tiene por lo comun que pasar á vado los arroyos que cortan los caminos de mulas, y cuando estos crecen por causa de las lluvias, tiene que atravesarlos á nado. Sin embargo, en algunos de los mas anchos rios hay vados y en otros interrumpidos por



Una fiesta en Honduras.

hondos barrancos, los indígenas han lanzado atrevidamente puentes colgantes contruidos con largas enredaderas ó sarmientos de vid que abundan en todas las orillas. Algunos de estos puentes primitivos establecidos ántes de la conquista, existen aun y son de una dimension extraordinaria; el que atraviesa el rio Mejitote (véase nuestro dibujo) tiene mas de cincuenta metros de largo.

Pero la falta de caminos y de puentes no es la única dificultad que encuentra el viajero que recorre la comarca. Las posadas son desconocidas y los forasteros dependen de la hospitalidad de los habitantes que por fortuna, la conceden gustosos. En la mayor parte de las poblaciones el cabildo es el recurso ordinario de los viajeros. Los que buscan en ellos un abrigo presentan á veces una reunion muy singular de colores, castas y oficios. Como los pueblos están por lo comun á mucha distancia unos de otros el gobierno ha mandado construir abrigos ó ranchos, análogos á los *tambos* de los peruanos para la comodidad de los viajeros. Estos ranchos son unos simples cobertizos sin paredes y sin otro suelo que la tierra; pero siempre están colocados cerca de los sitios donde hay agua y buenos pastos, y en caso de tempestad ó de cualquier desgracia ofrecen un refugio apetecible. El adjunto dibujo representa el *ranchito de Llano Grande* cerca de Gracias donde M. Squier y sus compañeros se preparan á pasar la noche.

La poblacion de Honduras como la de los demás Estados de la América Central se compone principalmente de indios ó de *ladinos* en los cuales predomina la sangre indígena. Tomando los Estados de Honduras, San Salvador, Nicaragua y Guatemala colectivamente, M. Squier calcula las proporciones de la poblacion del modo siguiente:

Blancos.....	100,000
Indios.....	1,109,000
Mestizos (ladinos).....	800,000
Negros.....	40,000
Total.....	2,049,000

Los blancos en Honduras no solo tienen el manejo de los negocios políticos del Estado, sino que han concentrado en sí las principales riquezas del territorio. Componen la clase de negociantes, labradores y propietarios de minas; muchos de ellos son muy inteligentes y han recibido una esmerada educacion. La masa del pueblo es sin embargo medianamente instruida, y sencilla casi hasta el exceso, en sus maneras. Los aldeanos son sobrios, y á pesar de todo, muy laboriosos, constituyendo lo que llamamos en Europa una buena poblacion rural. Son en extremo sociables, apasionados á las diversiones y aficionados al baile y á la música. La escena representada por uno de los grabados que acompaña á este artículo, es uno de los espectáculos mas comunes de la vida de los pueblos en las reuniones de la noche. Como se ve por los trajes, ninguna moda se opone á los gustos de los que toman parte en la fiesta, y lo que su vestido puede perder bajo el punto de vista de una modestia convencional, se encuentra compensado por lo pintoresco.

En algunos distritos del Estado no solo prepondera la poblacion indígena, sino que los indios conservan casi enteramente intactos su lenguaje primitivo, sus costumbres y su manera de vivir. Esto es exacto, sobre todo en la parte oriental del territorio comprendido entre el Rio-Roman, ó Aguan, y el Rio-Segovia, lo que representa una superficie de casi la tercera parte (15,000 millas cuadradas) que está habitada por las tribus indígenas conocidas bajo la denominacion general de *Xicaques* y de *Poyas*. Una porcion de estas tribus ha adoptado la religion católica y vive en paz con los blancos; pero otras grandes porciones habitan en las montañas, y conservan mas estrictamente sus costumbres nacionales. Reconocen tácitamente la autoridad del gobierno del Estado que en nada interviene en el sistema patriarcal que los rige. En los departamentos de Comayagua, Gracias y Choluteca, hay muchas ciudades enteramente indias, cuyos habitantes conservan su antigua lengua. Pertenecen á una gran familia que en el tiempo de la conquista era conocida con el nombre de *Lencas*. Son laboriosos, previsores y de instintos pacíficos. La elevacion de los distritos que ocupan, les permite cultivar trigo, patatas y otros artículos que llevan á vender á grandes distancias. El viajero suele encontrarlos en los mas ásperos desfiladeros caminando tranquilamente, armados casi siempre de su arco para defenderse contra las fieras, y sin hablar jamás á menos de no dirigirles la palabra. Los lugares que habitan en la actualidad en el centro de las montañas, no parecen haber sido su residencia primitiva; es probable que se hayan visto obligados á refugiarse en ellos á causa de la usurpacion gradual que los blancos hacian en sus tierras, ó tal vez para evitar el trato frecuente con estos que tanto les repugna. En todo caso, son excesivamente celosos de sus ásperas guaridas, y parecen muy dispuestos á disputarlas siempre que creen en alguna usurpacion real ó imaginaria de tierras pertenecientes á sus respectivas ciudades. Todos profesan la religion católica; pero las formas de su culto como su música tienen rasgos característicos que les son propios.

Uno de los elementos indios mas activos hoy en Honduras, es la extensa familia intrusa de los Caribos, establecida sobre la costa Norte, al Este de Puerto Caballos. Representan todo lo que queda de la poblacion indígena de San Vicente, una de las islas bajo el Viento, de donde fueron trasportados en masa por los ingleses en 1796, á la isla de Raotan, desierta á la sazón, cos-

tando la enorme suma de 25 millones de francos. A imitacion de los gobernadores españoles abandonaron esta isla, y vinieron á establecerse en el continente donde mas tarde se multiplicaron extraordinariamente. Casi todos hablan un poco el francés y el inglés, sin olvidar por eso su lengua caraiiba, y conservan igualmente muchos de sus ritos y supersticiones primitivas; constituyen no obstante una poblacion excelente y laboriosa en donde se recluta la mayor parte de los cortadores de caoba. Fieles, inteligentes, sufridos, están acostumbrados además al manejo del hacha y del azadon, á la construccion de caminos y puentes, y parecen llamados á prestar grandes servicios en el futuro desarrollo de los inmensos recursos del país, y particularmente en la ejecucion del ferro-carril proyectado entre los dos mares. Se calcula que hay entre ellos cerca de 3,000 hombres expertos en el trabajo que necesita esta vasta empresa.

De lo dicho se infiere que el Estado de Honduras, tanto por la variedad de su suelo y de su clima, como por la multitud de sus recursos, ofrece todas las condiciones que se requieren para atraer y sustentar, como en otros tiempos, una poblacion numerosa y floreciente.

En cualquiera direccion que se recorra este país, se encuentran festimonios mas ó menos importantes del establecimiento de sus antiguos moradores que cubrieron su suelo de templos, de fortificaciones y de ciudades. Muchas de estas construcciones han desaparecido sin embargo. Las ruinas que han quedado bastan para probar hasta dónde podia llegar esta civilizacion, cuyos recuerdos no van mas allá de cuatro siglos ántes de la conquista de los españoles. La cabeza encontrada de Yulpates, que verosimilmente es un retrato, está llena de verdad: damos aquí un diseño; ella prueba que los artistas se esforzaban ya por salir de las formas jeráticas en que el arte ha permanecido encerrado en todas partes y por tanto tiempo.

Las principales ruinas se hallan en las cercanías de Yarumala, Lajamani, Cururu y otros muchos lugares, y consisten en grandes pirámides hechas pedazos, en estructuras derrribadas por el suelo, y á veces cubiertas de piedras, en montecillos cónicos de tierra y en inmensos cercados. Las ruinas de Copan, tan conocidas por sus estatuas monolitas, se encuentran sobre la frontera, cerca de Guatemala, y no exceden en dimension ó en belleza á otros muchos grupos de monumentos cuya existencia ha sido revelada al mundo erudito por M. Squier, y de los cuales ha hecho el primero una descripcion detallada. Una de las mas interesantes que nos ha dado á conocer está situada sobre el borde de la llanura de Comayagua, y se designa en el país con el nombre de *Pueblo viejo*, aunque antiguamente se llamaba *Tenampul*, como la llaman hoy los indígenas. De estas ruinas proviene el elegante jarron que representamos en uno de nuestros grabados. Todavía se encuentran en estos lugares y en las cercanías esculturas y jarrones con pinturas admirablemente acabados.

Un mismo pensamiento ha presidido á la construccion de los templos en todo el Nuevo-Mundo; en los Estados Unidos como en la América Central, se ve siempre la imitacion del túmulo, mas ó menos modificado segun los progresos de la civilizacion. Por todas partes pirámides truncadas con anchas gradas de 20 á 30 piés de largo cuyos costados corresponden á los cuatro puntos cardinales, y cuyas plataformas tienen una elevacion de dos á tres pisos de cuatro á ocho piés de altura cada uno. Por todas partes grandes construcciones en declive, con una variacion de 60 á 120 piés de largo, y guarnecidas al Oeste de escaleras para llegar á la meseta que recibia las estatuas de los dioses y los altares en donde tenían lugar sus sangrientos sacrificios. Algunas de estas construcciones piramidales eran á la vez templos y sepulcros: el descubrimiento de huesos humanos no deja la menor duda respecto á ello. Las sepulturas heróicas parecen haber sido en todas partes los primeros altares consagrados: los templos propiamente dichos, dedicados únicamente á la divinidad, no aparecieron sino mucho mas tarde, y revelan uno de los grandes pasos de la humanidad hácia una nueva era.

E. P. A.

VALERIANO.

PRIMERA PARTE.

I.

De Cancale á Saint-Brieuc, la costa de la Bretaña se halla toda festoneada de bahías y de promontorios que se suceden con una especie de simetría. Por todas partes se descubre una ladera de unos cien piés de alto sobre una playa tersa que la marea cubre y descubre alternativamente. Pero si el conjunto es uniforme y monotonico, nada es mas pintoresco y variado que los pormenores. Cada bajada del litoral forma un paisaje suelto con un marco nuevo y con disposiciones particulares; unas veces se ve un valle ancho y abierto donde se baja por todas partes entre praderas ligeramente inclinadas; otras un barranco estrecho profundamente encajonado entre dos cortaduras de roca; otras, en fin, una ensenada irregular cerrada de un lado por un ancho peñon, y terminada en cuevas insensibles por la otra parte. A este último género de sitios pertenece la bahía de Kadoré.

Del Sur al Norte y sobre un espacio de una legua de

largo y de una anchura de un cuarto de legua se extiende una playa lisa, aunque erizada en algunos puntos de rocas calcáreas cubiertas de plantas marinas. En la marea alta el Océano la invade á galope y descansa en ella un momento; pero luego se marcha con igual rapidez, y se aleja hasta que no forma mas que una línea azul en el horizonte.

Al Este se alza derecha una muralla de piedra, y se adelanta con ella hasta en medio del mar bajo la forma de un cabo marino.

En toda esa parte respira una tristeza severa: aqui en los ángulos agudos de la roca cuelgan largas enredaderas verdes ó oscuras que gimen sin cesar columpiándose al antojo de los vientos; allí de sus quebraduras sombrías se lanzan horizontalmente arbustos raquíuticos y como doblegados bajo el peso de su propia existencia que parece imploran la compasion del sol ó la cólera de las borrascas; mas allá se ven manantiales miserables cuyas aguas se deslizan por las grietas que ellas mismas abrieron y van á caer murmurando en una tenebrosa caverna. Las aves acuáticas y los pájaros nocturnos se disputan los fúnebres asilos que la montaña les da en sus flancos, y á menudo resuena en el aire el ruido siniestro de sus combates.

Las construcciones elevadas sobre esa orilla completan su austera fisonomía. Un castillo feudal levanta sobre el punto mas escarpado sus ruinosos torreones; diríase un mausoleo de los siglos pasados colocado allí para traer á la mente el recuerdo de los hombres que ya fenecieron, y decir á los vivos que pasarán lo mismo que sus padres.

Una iglesia contemporánea y ántes dependiente del castillo muestra por encima de las torres su agudo campanario que sirve de señal á los pescadores de la costa. El cementerio que se reconoce por sus cruces negras de madera plantadas en la tierra, separa los dos monumentos. En cuanto al presbiterio es un edificio equívoco, especie de casa y de choza, decrepito sin ser viejo, miserable por el descuido, triste, sosegado y solitario como la estéril ladera que tiene en su contorno.

La costa del Oeste ofrece un aspecto muy distinto.

Una vasta pradera abrigada en su extremidad por un promontorio que cae muy pendiente hácia las olas se eleva por suaves ondulaciones de la playa á lo alto del terreno. Sobre ese suelo fecundo se detienen complacientes la luz del día y el rocío de la noche, y allí el verdor sombrío de los bosques se armoniza con la tierna verdura de los prados.

Dos casas de recreo bien situadas en las líneas graciosas de la pradera acaban de formar el contraste de las dos orillas. El encanto apacible de la vida moderna hacia frente á la grandeza aristocrática y religiosa de los tiempos antiguos.

La primera de esas dos casas, la mas próxima al fondo de la bahía, tenía un aspecto bastante pretencioso: mostraba con orgullo un cuerpo de habitacion con dos alas, un peristilo de piedra adornado de una balustrada de hierro, una techumbre de pizarras muy relucientes y una veleta de hoja de lata dorada representando un cazador con su perro. El patio, gracias á su cuadra y su cochera, se daba por un lado el aire de un patio de honor; pero por el otro su gallinero-palomar, su charco para los patos y sus montones de estiércol le colocaban bajo el punto de vista que debia tener, esto es, el de un corral de granja. En su derredor habia un cercado de fábrica, interrumpido por una verja de madera pintada que daba sobre la fachada del edificio, y por una puertecilla falsa donde se veian clavados dos mochuelos, una garza real y cuatro gavilanes, emblema de triunfo. Detrás de la casa se extendian sucesivamente un jardin muy bien cuidado y una huerta donde abundaban las hortalizas.

En una palabra, nada faltaba en esta propiedad para que pudiera ser un establecimiento de dos fines donde lo útil se mezclase á veces con lo agradable, aunque de una manera clandestina.

La otra habitacion mas sencilla y bonita era una realizacion completa del tipo de las casas de recreo de los ingleses. Una casita blanca edificada irregularmente desaparecia á medias entre una multitud de plantas que serpenteaban hasta su tejado de color oscuro. Fabricada contra el promontorio que defiende la pradera de la violencia de los vientos de mar, daba vista á un huerto espacioso donde los árboles, las legumbres, las frutas y las flores vivian en el mejor acuerdo en medio de un gracioso desorden. Por todo cercado habia una empalizada cubierta de espinos y de agavanzos que crecian en toda libertad sin temor de la podadera ni de la simetría.

El fondo de la bahía servia á un tiempo á las dos riberas de transicion y de punto intermedio. Es una colina cubierta de monte que baja poco á poco del Este hácia el Oeste y á cuya falda serpentea un riachuelo llamado el Tregon. Sobre las últimas líneas se eleva en anfiteatro un conjunto de chozas pobres y todas iguales. Compónense únicamente de un piso bajo y de un granero, con tres ventanas, dos de ellas en el piso bajo, que se abren y se cierran alternativamente segun la direccion del viento, del sol ó de la lluvia, y la tercera que da entrada al granero donde se guardan todas las provisiones. Ninguna de estas ventanas, ó puertas ó aberturas como quieran llamarse, ostenta el lujo de una vidriera; la madera ménos costosa y mas sólida sirvió para su construccion exclusivamente.

En cada choza de la aldea vive una familia: los hombres son labradores y pescadores á la vez, pasan una parte de la semana en los campos y la otra en la mar. Las mujeres allí, como en todas partes, hacen siempre

la misma cosa: cuidar de los niños, preparar la comida de los hombres, fabricar y remendar los vestidos de todos, tales son sus constantes ocupaciones. En cuanto á los niños hasta la edad en que sus fuerzas mas desarrolladas les permiten acompañar á sus padres en el trabajo, participan con los perros del cuidado de animar la aldea con sus correrías desordenadas y sus gritos incesantes.

Llegada la noche, cada familia, comprendidos sus individuos de toda especie, niños, perros y aves, se reúnen en la única pieza de la choza, que sirve á la vez de sala, de alcoba, de gallinero y de pocilga. Cada cual come á su manera: los unos sentados en torno de una mesa coja, los otros en el rincón ó en el agujero mas conforme con su carácter.

Los hombres con una palabra lenta y grave cuentan los sucesos exteriores y se informan de lo que ha pasado en casa; las mujeres con una voz ya ronca, ya chillona, responden á los hombres ó apostrofan á los chicos que no se están quietos; el perro segun su humor ladra ó gruñe, y cada individuo de la especie de pluma da su nota favorita en ese concierto. Concluida la comida el jefe de la familia se levanta de su banco, recita la oración nocturna y manda que duerma todo el mundo. Los diferentes miembros de la familia se meten como pueden, segun las conveniencias de la moral, en unos cajones sobrepuestos en sí como los de una cómoda; los animales se tienden en el suelo; se da un soplo á la vela amarilla que arde colgada de una cadena de hierro bajo la campana de la chimenea, y cada cual se duerme para volver á principiar al otro día lo mismo que habia hecho la víspera.

Tal es la existencia que llevaba hace algunos años en el momento en que pasaba la historia sencilla que vamos á contar, que lleva hoy y que llevará largo tiempo la democracia de la aldea.

La aristocracia vivia con igual sencillez, salvo sus comodidades. Su número era bien reducido, pues se componia únicamente de los individuos que ocupaban el presbiterio y las dos casas de la orilla izquierda. En cuanto al castillo, que por herencia habia caído en posesion de un gran señor que nunca parecia por aquellos lugares, no habia estado habitado hacia muchos años.

La casita que los aldeanos en su lenguaje pintoresco llamaban la Casa-Florida, pertenecia á una viuda llamada madama Hubert. Hija segunda de un negociante de San Malo, se habia casado al mismo tiempo que su hermana primogénita. La una habia tomado por marido á un abogado ya célebre en París, y la otra habia emparentado con un capitán de la marina mercante. Ambas fueron madres al mismo tiempo y pasaron cada una por su parte muchos años en una felicidad casi completa. La muerte de su padre vino á oscurecer su destino hasta entonces tan risueño, y entonces principió para las dos una larga cadena de infortunios. El capitán Dugué, despues de varios viajes desastrosos, pereció en un viaje dejando á su mujer y á su hijo expuestos á todos los horrores de la miseria. La desgraciada viuda no pudo soportar este golpe terrible; minada por su dolor, murió en breve, despues de confiar á su hermana su hijo Valeriano. Madama Hubert prometió que seria una madre para el huérfano, y efectivamente le educó con su hija Eugenia prodigando á las dos criaturas una parte igual de cuidados y ternura.

La fortuna recompensó muy mal sus sacrificios, pues en breve se halló sometida á las pruebas mas duras. Su marido se habia hecho jugador: quejas, amonestaciones, súplicas, nada pudo arrancarle á su delirio, que con la mayor rapidez produjo su ruina. Gracias á su talento y á su reputacion, habria podido levantarse y reparar sus pérdidas, pero extraviado por la desesperacion se hizo saltar la tapa de los sesos.

El dolor de madama Hubert fué muy grande; nada podia consolarla; el porvenir era tan siniestro como el pasado. Detrás de ella un marido que al coronar sus malas acciones con una cobardía no dejaba en el mundo un nombre estimado, delante unas criaturas que iban á expiar en una desgracia innmerecida faltas que no habian cometido.

Afortunadamente se encuentra en un gran corazon la fuerza de un gran carácter. La noble mujer no se dejó abatir, y conteniendo su amargura principió al instante una lucha obstinada contra su infausto destino. En cuanto su marido fué enterrado, dejó el cuarto suntuoso que con él habitaba. Vendió todos los muebles, excepto los mas indispensables para llenar la triste guardilla en que debia vivir con sus hijos y pagó todas sus deudas: apenas la quedó bastante dinero para subsistir quince días.

Todo este tiempo le empleó en crearse recursos. No queriendo abandonar á sus hijos á manos extranjeras, renunció á la idea de una ocupacion, y no quiso aceptar los ofrecimientos que la hicieron con respecto á esto. Un trabajo de aguja no podia bastar para el sostenimiento de tres personas. Gracias á la buena educacion que habia recibido, se hallaba en estado de enseñar convenientemente el dibujo, la música, la geografía, el francés y el inglés. Así se dirigió resueltamente, con su traje de luto, á casa de todas las personas que habia conocido en los tiempos de su prosperidad, escribió á aquellos á quienes no podia ver, y sin pedir á nadie socorros, pidió trabajo á todo el mundo.

Al ver reunidas en una misma persona tanta juventud, tanta desgracia y tantas virtudes, el mundo sacudió la apatía ordinaria de su egoísmo: habria sido demasiado vergonzoso no ayudar á una persona que se ayudaba á sí misma tan valerosamente. Ofrecieron pues

á la viuda socorros que ella rehusó con dignidad y trabajo que aceptó con reconocimiento. Sus lecciones la fueron pagadas á poco precio, pero su celo en darlas aumentó rápidamente su número, de modo que á fuerza de actividad, de perseverancia y de economía puso á su pequeña familia al abrigo de la necesidad y despues en una situacion próspera. Todos los momentos que no empleaba en su trabajo cotidiano, los consagraba á Eugenia y á Valeriano que iban creciendo juntos tranquilos y risueños sin acordarse del pasado y sin pensar en lo venidero. Su fiesta principal consistia en llevarlos al jardín de Tullerías el domingo cuando hacia buen tiempo. Allí, gozando con su alegría, envaneciéndose con su hermosura, les contemplaba con una embriaguez mal disimulada, en tanto que los niños se entregaban bajo los árboles á todos los juegos propios de la infancia.

Este estado de cosas duraba algunos años cuando acertó á llegar una herencia inesperada. Madama Hubert se encontró dueña de sesenta mil francos. Pronto adoptó un partido; sus infortunios la habian inspirado contra París un horror casi supersticioso, y viéndose libre de elegir su género de vida, resolvió sustraer á sus hijos para siempre á todos los peligros, á todas las inquietudes, á todas las miserias de las grandes poblaciones.

Era el tiempo de la guerra de España. Durante la Restauracion los fondos públicos habian bajado mucho, y madama Hubert que tuvo la sensatez de creer en la fortuna de la Francia, compró por menos de cincuenta mil francos una inscripcion de tres mil francos de renta. En esta operacion hallaba la doble ventaja de cobrar buenos intereses sin comprometer su capital, y dé evitar las dificultades siempre grandes para una mujer que presenta la administracion de una finca cualquiera.

Despues de haber arreglado todos sus negocios en París marchó para la Bretaña su país natal, decidida á fijarse en él. En los primeros días de su llegada supo que estaba en venta una pequeña propiedad situada á orillas de la mar á mitad del camino de Saint-Servan y de Saint-Brieuc y marchó á Kadoré, donde seducida por el aislamiento de la comarca, por la belleza del paisaje y por el carácter benigno de sus moradores compró la propiedad, mandó reparar la casa, la amuebló con una elegante sencillez, y se instaló en ella con su familia. Tomó con ella un matrimonio pobre de la aldea; el marido fué encargado de las faenas mas pesadas y de la huerta, y la mujer de la cocina y de todas las obras domésticas.

Una vez arreglado todo esto, la viuda solo se ocupó en realizar el porvenir que habia anhelado. Satisfecha al ver á sus hijos, al abrigo ya de la necesidad, que desarrollaban sus fuerzas y se robustecian en medio de un aire puro, en el seno de una vida tranquila y regular, se consagró con ahinco á dirigir lo mejor que estaba á su alcance sus ideas y sus sentimientos. Sin descuidar su instruccion, que se prometia seria suficiente enseñándoles lo que sabia ella, se ocupó sobre todo de su educacion moral; trató de inspirarles su gusto por la soledad y el sosiego, combatió resueltamente en ellos todas las inclinaciones frívolas, y trató de libertarlos de todo germen de ambicion, de vanidad ó de egoísmo. Gracias á una reunion feliz de circunstancias, salió bien en su empresa; amables por naturaleza, los niños se prestaban fácilmente á los nobles esfuerzos de la madre, y sus corazones se llenaban, se alimentaban de esos buenos principios presentados con toda la dulzura del cariño, con toda la autoridad de los buenos ejemplos.

Madama Hubert se habria hallado en el colmo de sus deseos si no hubiera reconocido en los pequeñuelos, objeto de su solicitud, ciertas tendencias alarmantes para su felicidad, y tanto mas difíciles de reprimir cuanto que léjos de ser viciosas, parecian mas bien el exceso de buenas cualidades.

Eugenia sin perder nada de su alegría en su desarrollo, mostraba una sensibilidad mas viva cada vez, y que amenazaba hacerse extremada. A veces prorumpia bruscamente en lágrimas y sollozos, sin que se pudiese adivinar la causa. Sin embargo, su madre acabó por notar que era siempre por una palabra que creia ofensiva á su corazon, ó por una accion que la parecia hija de la indiferencia. Lo que la confirmaba en este pensamiento es que Eugenia cuyo humor era igual y pacífico con respecto á todos en general, no experimentaba estas conmociones violentas sino cuando se trataba de ella ó de su primo. Temiendo que este vigor de sentimientos, libremente desarrollado, produjera algun dia funestos resultados, amonestó con dulzura á su hija y la suplicó que no se abandonara á esos accesos que comprometian á un tiempo su salud y el sosiego de los que la amaban. Eugenia, apasionada como su padre, tenia todo el orgullo, toda la firmeza de su madre.

Prometió contenerse y sostuvo su palabra, pero desde entonces principió á cambiar su carácter: calmó poco á poco su viveza primitiva y acabó por hacerse muy reservada, hasta se acostumbró á dominar de tal modo sus emociones que llegó á ser imposible leer nada sobre la máscara impassible de su fisonomía. Madama Hubert no habria querido una revolucion tan completa, y no vió sin inquietud sus progresos, pues sabia muy bien que los sentimientos comprimidos estallan luego con mayor violencia, pero se sosegaba pensando que ninguna desgracia amenazaba á su hija, y que el porvenir no debia traer ningun alimento á su excesiva sensibilidad.

Las impresiones tan fuertes en Valeriano como en Eugenia, se manifestaban de un modo muy distinto.

Tanto como la una era concentrada, el otro era expansivo. Demostraba sus sensaciones en cuanto las sentia, sus deseos debian realizarse al punto que estaban concebidos. Si estaba alegre, cantaba, si estaba descontento no tardaba en hacerlo sentir á todo el mundo. Triste no lo estaba nunca y no sabia llorar. La fuerza y el ardor de su temperamento no le conducian al abatimiento ni al enojo, y gracias á su buen corazon y á su carácter confiado, no podia imaginarse que alguien quisiera hacerle sufrir en lo mas mínimo. Siempre se habia sorprendido mucho cuando Eugenia lloraba, y en estas ocasiones, despues de darla inútilmente á modo de consuelo un beso en cada mejilla, permanecia de pié contemplándola sin comprender que despues del remedio persistiera aun su pesadumbre.

Profesaba á madama Hubert un cariño sin límites y continuaba llamándola su madre, aunque supiese muy bien que no era mas que su tia. Mientras se encontraba en su presencia se moderaba para no causar la pena ni inquietud, pero una vez entregado á sí mismo se volvía un verdadero diablo. Saltando los cercados y los barrancos, subiendo por las tapias, trepando sobre los árboles y las rocas, nadando en tiempo de tempestad como de calma, desafiándolo todo por una flor que queria coger, por un nido que deseaba regalar á su prima, daba rienda suelta á sus inclinaciones sin cuidarse de los golpes, ni de las heridas, ni de la muerte.

La indómita petulancia de su sobrino, á quien siempre tambien habia llamado su hijo, tenia á la pobre mujer en una angustia perpetua. Cuando le veia llegar á casa con la frente húmeda de sudor, los vestidos en desorden, cubierto de polvo, á veces con los vestidos desgarrados y con heridas leves, principiaba siempre por reñirle mucho; pero el culpable abogaba por su causa con razonamientos tan singulares, daba excusas tan graciosas y hacia caricias tan cordiales que infaliblemente provocaba la risa del juez en medio de sus lágrimas y acababa por recibir un beso en señal de absolucion.

Por lo demás, madama Hubert se prometia calmar á la vez á los dos jóvenes dando un curso natural y regular á la sensibilidad de Eugenia y al ardor de su primo: queria casarlos tan luego como cumplieran los veinte años.

A la sazón tenian diez y ocho, y ya estaban en todo el brillo de la juventud.

Eugenia era alta, delgada y de una exquisita delicadeza en sus formas. Tenia el rostro largo y mas estrecho de abajo que de arriba. Dos espesos bandos de cabellos negros ostentaban sus brillantes ondulaciones sobre una frente ancha, elevada, tersa como el marfil, y hacian resaltar la resplandeciente blancura de un cutis en el que apenas se cruzaban algunos matices ligeramente rosados. Debajo de unas cejas negras, admirablemente dibujadas, entre las dos hileras de unas pestañas largas y sedosas, brillaban sus grandes ojos de un azul oscuro, de una mirada suave y profunda. La nariz era recta y delgada; la boca pequeña; en suma, el conjunto de su fisonomía y de su persona ofrecia una mezcla preciosa de finura de gravedad y de gracia.

Alto ya, de buenas proporciones y uniendo la ligereza con la fuerza, Valeriano poseia la hermosura de un verdadero hijo de la naturaleza. Un bosque de cabellos rubios se esparcia en bucles desordenados en torno de una fisonomía ovalada, de contornos acentuados, donde ya despuntaban matices vivos bajo el color tostado de una piel naturalmente blanca pero dorada por el sol. Sus grandes ojos pardos resplandecian bajo sus cejas de color de castaña, y daban á su rostro una expresion de atrevimiento y de franqueza que acababan de confirmar la curva aguileña de una nariz delgada de ventanillas movilizadas y un par de labios rojos y húmedos que parecian siempre dispuestos á una sonrisa ó á un beso.

Madama Hubert no habia dicho á los jóvenes una palabra de sus proyectos de boda, pues no queria cambiar de modo alguno sus ideas y sus sentimientos ántes de que llegara el caso. Nada es tan hermoso como el espectáculo de la pureza en la fuerza, y la noble mujer veia con un placer inefable como los dos adolescentes conservaban en sus relaciones la inocente libertad de la infancia. En el momento en que iban á ser esposos, continuaban viviendo como hermanos.

(Se continuará.)

Exposicion Universal de Bellas-Artes.

SUIZA Y PIEMONTE.

La Suiza cuenta muchos pintores, y entre ellos un nombre justamente célebre, el de M. CALAME, el entendido intérprete de las grandes escenas de los Alpes. Pocos artistas hoy, si exceptuamos los de la escuela de Dusseldorf, se atreven con las dificultades que ofrece al pintor esa naturaleza grandiosa; y esa escuela por la uniformidad de su procedimiento no hace de ella mas que una copia calcada, monotonía y sin vida, que no la reproduce ni en su realidad ni menos en su poesía. En Francia los paisistas la niegan como una paradoja; en su impotencia para trasladarla á sus lienzos han tomado el partido de proscribirla y suprimirla. En vez de ir á Suiza, se detienen en una aldea de las cercanías de París, y la masa del público aficionado, raza muy dócil en el fondo, y que piensa no gusta de otra cosa sino de aquello que

la dan, prescinde sin esfuerzo de los paisajes de los Alpes. Por lo demás, la moda del paisaje en nuestros días no es muy exigente; todo el antiguo mundo de los antiguos paisistas ha desaparecido con sus numerosos términos de tierras, con sus rocas, sus cascadas, sus árboles de hermosas formas, sus rebaños y pastores, sus templos, sus palacios y sus chozas. Sin duda alguna había necesidad de volver á un sentimiento mas vivo de la naturaleza; pero la reforma ha ido mas allá de ese fin, y se ha llegado á simplificar demasiado no solo el asunto sino tambien la ejecución. Antes se abusaba de la abundancia y de la riqueza de materiales, y hoy se abusa de la pobreza y de la mezquindad; antes se pintaba de una manera demasiado acabada, y hoy se pinta con una franqueza que raya en el extremo contrario.

! Pero noto que me desvío de mi propósito y que preocupado con las ideas del presente, en vez de ir á Suiza me detengo tambien en el camino. Nada debe proibirse en el arte, ni la simple zarza ni el bosque, ni la charca en medio del prado ni los valles alpestres coronados de ventisqueros. Sin duda la lucha con el gigante de la Helvecia es difícil, y para ser victoriosa debe ser obstinada. No es posible entrar en posesion de las bellezas extrañas y sublimes de esa naturaleza, en la rápida correría de un curioso durante el corto tiempo de un verano. ¿Acaso no proviene el desvío de los artistas y del público por ese género de paisaje de una multitud de ensayos informes, ejecutados de paso? Solo á beneficio de estudios seguidos y muy serios se puede tener la esperanza de traducir la impresion tan profunda, tan grande que el espectáculo de los Alpes hace experimentar á los que los visitan. Las dificultades principales nacen de la grandeza inusitada de las proporciones por una parte, y por la otra de la viveza, de la crudeza de las tintas con que aun los objetos lejanos aparecen en la transparencia de un aire enrarecido. Hay que aprender á ver y á elegir en medio de ese caos gigantesco: es preciso saber recoger en medio del concierto inmenso algunas melodías inteligibles á todos ó mejor aun, si el genio del individuo lo permite, alguna armonía solemne que traslade hasta el alma del espectador un eco lejano de sus impresiones á la vez majestuosas y terribles. Cuando tales magnificencias se hallan al alcance de los paisistas, no puedo yo explicarme que las descuiden, bien que en el día se vayan con frecuencia á buscar hasta el fondo del Oriente nuevos aspectos y horizontes desconocidos. Si la complicacion de las líneas en los aspectos de montañas hace retroceder á los paisistas, los admirables efectos del colorido que se descubren deberian atraerles invenciblemente hacia la Suiza ó los Pirineos. En un paisaje horizontal, ó de pocos accidentes, solo brilla la luz directa, por decirlo así; en el paisaje de montañas, por el contrario, se multiplica segun los planos mas ó menos verticales que la reflejan, y en esos accidentes adquiere una intensidad que doblan las grandes sombras. Por mi parte digo que se exhala no sé qué poesía indecible y penetrante, y nueva cada día, de esa maravillosa iluminación de la tierra bajo el despertar



Exposicion de 1855. — Escuela suiza. — Alto de cazadores de gamuzas, cuadro por M. Meuron.

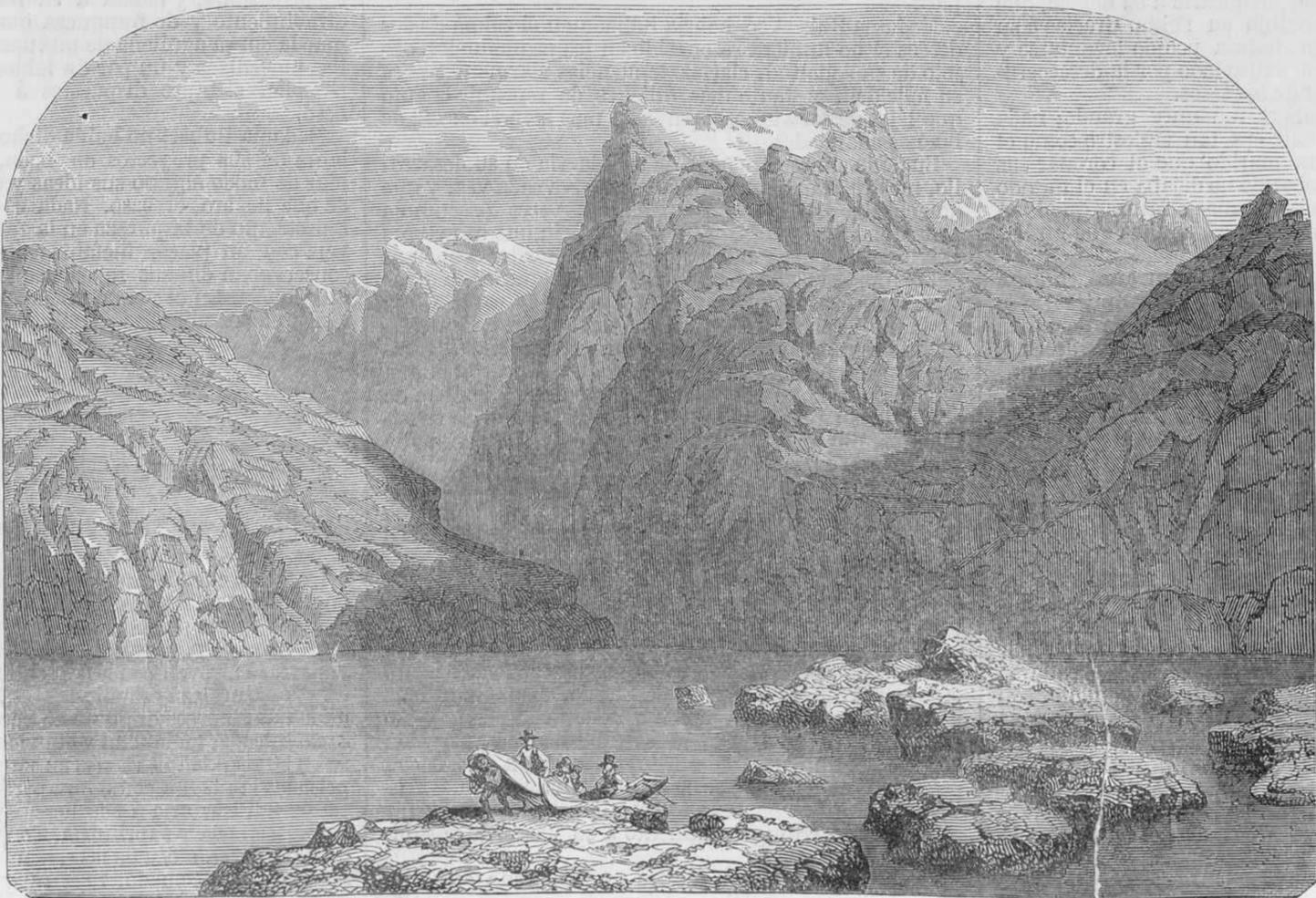
matutino del cielo ó bajo sus últimas caricias de la tarde. Quien no ha visto, al ménos una vez en su vida, los primeros rayos del sol prendiendo de repente su llama en las colinas y derramándose luego hasta los valles; quien no ha visto por la tarde los últimos fulgores del sol en el ocaso tiñendo de púrpura las nieves eternas, y las sombras azuladas subiendo lentamente invadiéndolos y apagándolos; luego, al cabo de un tiempo mas ó ménos largo de este primer desmayo, la pálida nieve animarse aun con los reflejos del cielo como una postrer oleada de sangre sube al rostro de los moribundos; las cúspides volverse á iluminar como si saludasen ya una nueva aurora, para caer en breve despues de este último esplendor en el frio mortal de la noche... quien no ha visto, quien no ha seguido las fases diversas de estos fenómenos, ignora todo el encanto que hay en los sublimes espectáculos que ofrece á nuestra admiracion la naturaleza. Nuestros poetas han sabido describir estas maravillas; ¿porqué nuestros paisistas no sabrian pintarlas?

M. CALAME no ha enviado mas que un cuadro que aquí reproducimos: *una Vista del lago de los Cuatro Cantones*, tomada en la hondonada pintoresca que ter-

la excentricidad de tantas pinturas que pretendian pasar por originales. Pocos lienzos de la Exposicion habrian podido colocarse cerca de este si se hubiera tratado de darle una vecindad adecuada. Es de sentir que con esa obra de un aspecto tan apacible, M. Calame no haya expuesto alguna de las escenas terribles que su pincel ha tenido á menudo la ocasion de copiar en los altos valles de los Alpes y que su lápiz ha popularizado. Bajo este aspecto habria sido comprendido por todos; sea como quiera, ninguno sabe como él dar el sentimiento de la grandeza de las proporciones del paisaje alpestre, y seguramente es el maestro en este género de pintura.

M. DIDAY, de quien ha sido discípulo M. Calame, ha expuesto cuadros antiguos ya: *La Encina y la Caña*, perteneciente al museo de Ginebra; *el Ventisquero de Rosenlauri* del museo de Lausana, y un *Recuerdo del Oberland*, obras que han perdido en el día su importancia. Atestiguan la habilidad del pincel, pero el acento de la naturaleza falta completamente. — M. BAUDIT, discípulo de M. Diday no tiene nada del estilo de su maestro; ha presentado varios estudios pequeños hechos en la Auvernia, en la Bretaña y en las cercanías de

Fontainebleau de un efecto bastante vivo y bien pintados. — M. CASTAN da pruebas de un sentimiento elegante y armonioso en una *Mañana de otoño*; pero su pintura se resiente aun demasiado del estilo de su maestro M. Calame. — Otros dos discípulos de este pintor, M. DUVALL y M. BAKOF han expuesto el primero: *Un barranco de los Apeninos* y un *Sitio de las cercanías de Salerno*, bien compuestos, pero de un aspecto frio, y el segundo *una Escena de Macbeth* y la *Primavera festejada por las ranas* que dejan bastante que desear en cuanto á ejecución, pero que anuncian mucha imaginativa. — Si de los paisistas vamos á los pintores de género, debemos citar con elogio dos bonitos cuadros de M. VAN - MUYDEN: *una Madre y su hijo*, pintura graciosa y



Escuela suiza. — El lago de los Cuatro Cantones, cuadro por M. Calame.



Escuela suiza. — Una madre y su hijo, cuadro por M. Van Muyden.

hábil pero de un efecto algo rebuscado, y un *Refectorio de capuchinos en Albano cerca de Roma* de un tono claro y vivo y de una ejecución fácil y graciosa. Las actitudes, las fisonomías, los frailes, están muy bien estudiados y ejecutados con inteligencia y verdad. Este pequeño lienzo merece figurar entre los cuadros más distinguidos de la Exposición. — Otro de nuestros grabados reproduce también el *Alto de cazadores de gamuzas en los Alpes* por M. DE MEURON; se puede criticar sin duda alguna dureza en la ejecución, pero merece grandes elogios la perfecta verdad con que los personajes se hallan en escena, así como la verdad de aspecto de la misma escena. Esa es en efecto, la aspereza del suelo y de las rocas de las altas regiones alpestres, donde la piedra desnuda de vegetación se halla gastada incesantemente por la acción de la intemperie. Los vestidos, la actitud del cazador tendido en el suelo, la postura del joven que se cubre los ojos con la mano para resguardarlos del sol, mientras examina todas las cúspides para descubrir alguna gamuza, todo parece haber sido copiado de la naturaleza. — Aun hay más arte, más trabajo, pero también más naturalidad en el cuadro de M. EDUARDO GIRARDET, una *Feria en el Oberland bernense*. Solo es de sentir que un colorido falso y una ejecución convencional dañen el efecto de esa composición tan feliz, tan abundante, donde las fisonomías están ejecutadas con un espíritu de observación tan notable. — Citarémos también una escena sencilla de costumbres suizas, *la Declaración*, por M. MORITZ.

En la pintura más seria, solo tenemos que nombrar á M. LUGARDON, discípulo de Gros y de Ingres; ha expuesto dos cuadros: *el Salvador en la cruz* y *Ruth*. Aquí reproducimos esta última composición que sin ser de una corrección severa tiene una sencillez que agrada.

En otro género, M. GROSGLAUDE, padre, se ha hecho una reputación popular. Este artista sabe pintar con todos sus matices vulgares, cuadros de *Fumadores*, *Jugadores de naipes*, *Bebedores*, etc.

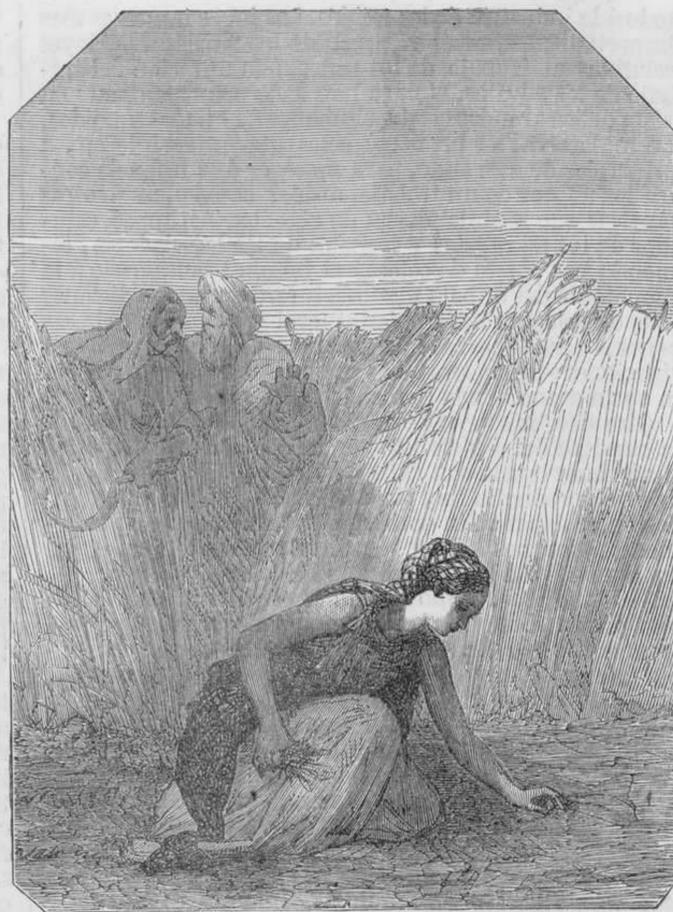
En el pastel citarémos á la señora de ARCHINARD, que estudió con M. Leon Cogniet y que ha presentado su propio retrato y el de su hijo.

CERDEÑA. — Si los pintores suizos se encierran exclusivamente en los cuadros de pequeñas dimensiones, los pintores piamonteses manifiestan la ambición de los grandes lienzos. Uno de los mejores es el de M. FERRI: *la Noticia de la muerte del rey Carlos-Alberto* llevada á una humilde choza por un sacerdote á un joven soldado herido que disfruta de una licencia en el seno de su familia. Esta composición reproducida aquí, tiene sencillez y naturalidad: la ejecución es buena aunque algo fría; el colorido es claro, débil y bastante armonioso.

M. GASTALDI ha comprendido *el Sueño de Parisina* como una escena vulgar. Ese marido saliendo de la cama con una hermosa camisa de batista, tiene un aspecto que desagrada, y el puñal que toma en su rabia de celos, el drama sangriento que amenaza á la joven, no logran ennoblecer esa pequeña escena conyugal. M. Gastaldi se muestra más pintor y más colorista en su cuadro de los *Prisioneros de Chillon*.

M. CAMINO ha pintado un paisaje fantástico titulado *Selva virgen*, donde un tigre en emboscada en el fondo de una gruta mira como se adelanta una serpiente gigantesca. Esa pintura es falsa como una decoración de ópera. En otro paisaje ha querido pintar el *Cielo de Italia*, según dice el Catálogo, pero esta pretensión no se halla justificada en manera alguna.

En un postre artículo echarémos una triste y rápida ojeada sobre las pinturas enviadas por la Italia. El arte, ¡ay! ha desertado de esa tierra privilegiada cuya gloria hizo en otro tiempo. El Piamonte es en la península la comarca cuyo pasado se mostró menos brillante: hoy, gracias á la libertad de sus instituciones se halla colocado á la cabeza de la Italia; tiene en sí la aspiración á grandes destinos, trae los ojos fijos en el porvenir. Tales condiciones de vida deben ser favorables al desarrollo del arte, y todavía no lanza un brillo muy vivo, hay



Escuela suiza. — Ruth, cuadro por M. Lugardon.

motivos para creer que irá extendiéndose y perfeccionándose y que un día dará frutos dignos del suelo donde habrán nacido.

D. P.

Exposicion Universal de la Industria.

XVII.

TRABAJO DE LA LANA : PARIS Y SUS TINTORERÍAS.

Está en el carácter de las fabricaciones de materias hilables, en cuyo dominio hemos entrado, el rozarse con mil intereses y el despertar la atención pública por los lados más singulares y diversos. Si se formara un grupo

con todos los ramos del trabajo manufacturero, la industria hilable debería ocupar su centro. Casi todas las demás fabricaciones tienen, en efecto, con ella relaciones más ó menos directas, más ó menos íntimas. Las unas la suministran aparatos mecánicos é instrumentos; las otras agentes químicos ó combustibles minerales. La marina mercante halla en el algodón un elemento de flete; la agricultura despacha en las fábricas de tejidos sus lanas, sus sedas, sus linos y sus cáñamos.

Bajo un punto de vista de otra naturaleza, bajo un punto de vista puramente moral, las fabricaciones hilables parecen también como un eje en el orden manufacturero. Todas las cuestiones de economía industrial de que se ha ocupado mucho tiempo (lo mismo aquellas de una existencia efímera que las que están en la esencia de las cosas, pues todas se recomendarán eternamente á la atención de los hombres de Estado), se referían sobre



Escuela sarda. — La noticia de la muerte del rey Carlos-Alberto, cuadro por M. Ferri.

todo á la industria de los tejidos. Las leyes francesas mas importantes sobre el régimen de las fábricas, las leyes relativas al trabajo de los niños, á la duracion del trabajo de los adultos, etc., se han dado principalmente en vista de los grandes establecimientos de hilados y tejidos. En Inglaterra, los primeros actos que intervinieron, á principios de este siglo, para proteger á la infancia contra los abusos de un trabajo, apenas convenian á otras fábricas que las hilanderías de algodón. Así, pues, estudios de los moralistas y trabajos de los legisladores, teniendo por objeto de colocar al hombre consagrado á la monotonía del trabajo manufacturero en las condiciones mas en relacion con su bien, moral y material, todo ese concurso de esfuerzos incansables y de continuas investigaciones se dirige con mas preferencia particular hácia la vasta arena donde se elaboran las materias hilables.

Otra cuestion que no seria conveniente discutir aquí, la cuestion del régimen comercial, se halla tambien intimamente ligada con la industria de los tejidos. Fuera de estos productos hay sin duda otros artículos interesados en el debate. Sin embargo, evidentemente los argumentos van mas léjos y comprenden mas consecuencias en lo relativo á las fabricaciones hilables.

Si los tejidos, como decíamos el otro dia, no tienen siempre en sí mismos ese género de atractivo que llama sobre un objeto la curiosidad pública, envuelven en cambio tantos esfuerzos intelectuales, pasados y presentes, tantos intereses vivos, tantos asuntos de controversia permanente, tantos problemas palpitantes, que presentan al observador una fuente de reflexiones mas abundante que todos los demás ramos reunidos de la producción industrial. La multitud de hechos que la Exposición permite recoger, en vista de la multitud de cosas que presenta, puede servir para poner en relieve esos caracteres singulares y la situación relativa de las industrias análogas francesas y extranjeras. Y no quiere esto decir que las fabricaciones hilables presenten cuadros mas completos que las otras, ni tampoco que sea posible siempre descubrir á la primera ojeada la realidad que se oculta bajo muestras demasiado limitadas; pero dejando aparte pocas excepciones, los hechos en evidencia bastan para ponernos en la via de la verdad y para alentar á los que la buscan sinceramente, sin un partido tomado de antemano.

Hé ahí porqué, sin dejar de evitar los detalles demasiado técnicos, nos esforzamos en caracterizar claramente el estado de las diferentes industrias francesas, y el mismo pensamiento nos guiará en las galerías extranjeras. Si semejantes estudios, que presentan por su naturaleza propia tanto interés, tienen además algun resultado satisfactorio, lo deberán sobre todo á esas consideraciones de conjunto, á esa unidad de objetos. Bajo este concepto, no está de mas toda la precisión imaginable para determinar la via en que tratamos de sostenernos, pues fácil es perderse en los mil rodeos de ese laberinto resplandeciente de los Campos-Eliseos, donde los ojos tienen que luchar con tantas seducciones.

Estas observaciones explican porque no penetramos en el escaparate de cada expositor, á fin de detenernos en la descripción de pormenores que nos entretendrían largas horas, y que además presentarían la desventaja de parecerse perpetuamente. Si hoy seguimos la industria de las lanas en ciertos talleres de Paris, no es mas que por recoger aun algunos rasgos generales.

La lana recibe en Paris diversas aplicaciones, que todas ofrecen un interés muy vivo, cada cual bajo su punto de vista. En este momento queremos llamar la atención del lector hácia una categoría de expositores cuyas operaciones completan el mismo trabajo que se efectúa tambien en otros puntos del territorio francés, sobre todo en las ciudades manufactureras cuyos productos examináramos el otro dia, á saber: Reims, Roubaix, Tourcoing, el Cateau-Cambresis.

Exceptuando los artículos de fantasía, los tejidos salen todos de los talleres de esas ciudades sin color ninguno. Para apropiarlos á las exigencias del consumo, es preciso someterlos á una operacion adicional muy importante, el teñido. Ahora bien, todas las telas de lana cardada, confeccionadas en las fábricas del Norte de Francia, vienen á teñirse en Paris ó sus alrededores, no queremos decir que las fábricas del departamento del Sena absorben todos los tejidos de esa especie; el otro dia citamos el gran establecimiento de M. Descat-Crouset, en Roubaix, que opera sobre una inmensa cantidad de telas; y aunque en una escala infinitamente mas pequeña, hallamos tintorerías del mismo género en Reims, en Amiens y en otros puntos. Mas adelante tendremos que mencionar una de esas tintorerías de Reims. Pero Paris atrae una enorme masa de negocios de esa naturaleza, y sus tintoreros manipulan telas en sus fábricas por un valor anual de 40 millones de francos.

¿Cómo ha podido concentrarse este trabajo sobre un punto donde no se fabrican telas de lana cardada? Las tintorerías de Paris deben primeramente la extensión de sus operaciones á la perfección de su trabajo y á la habilidad de sus obreros, y después á otra circunstancia de orden muy distinto: Paris muestra de dia en dia mas tendencia á ser el mercado único donde se anuden todas las transacciones en cuanto á tejidos; la mayor parte de las casas de fábrica tienen un depósito ó un representante en Paris, ó bien venden sus productos á casas de comercio ó de comision instaladas en la capital. Los productos fabricados se encaminan así hácia la ciudad central, donde se encuentran mayores medios de crédito, mayores facilidades para la venta, y en la cual desembocan todas las grandes vias de comunicaciones del territorio francés. Gracias á ese estado de cosas, el tinte de las telas en Paris no implica ningun aumento de gasto,

ningun aumento en el costo primitivo, puesto que casi siempre habria habido que hacer ese transporte, aun cuando los objetos se hubieran teñido en el punto en que fueron fabricados.

El trabajo del tinte se divide entre siete ú ocho grandes establecimientos, que poseen 18 máquinas de vapor de una fuerza colectiva de 350 caballos, sin hablar de la suma de vapor empleada en calentar las casas. Estas fábricas figuran en la Exposición en medio de los distritos manufactureros que las alimentan, entre los fabricantes de Reims y los de Roubaix. Su exposicion, por supuesto, no es de la tela en sí, sino del color con que ellas la revistieron.

Pero me engaño empleando el verbo revestir, que daría una falsa idea del arte del tintorero. Este arte no es el del pintor que reviste con una capa de color las paredes ó las maderas; el tinte penetra en la materia misma á qué da colores, con una intensidad mas ó menos grande. La combinación de los elementos es, pues, muy profunda, y los diferentes grados que puede alcanzar dan nacimiento á nombres cuyo surtido es solo conocido de los inteligentes, á saber: *gran tinte*, *buen tinte*, *falso tinte*. Unas veces el defecto es hijo del procedimiento seguido en el trabajo, y otras lo es de los ingredientes empleados para producir ciertos matices. Hay tintes que nunca ó casi nunca se logra hacerles con solidez.

La tintorería parisiense, al ménos el ramo de la tintorería parisiense de que se trata en este momento, abraza los merinos, las muselinas de lana, las cachemiras de Escocia, los bareges, *chaly*, y todos los artículos lisos y estampados de Roubaix, así como tambien ciertas telas de lana cardada, verbigracia, las franelas y las cachemiras francesas para pañuelos grandes lisos y con franjas. A veces los fabricantes entregan directamente sus tejidos al tintorero, pero por lo regular las casas de comercio compran las telas sin color y las dan á teñir por su propia cuenta.

Varias circunstancias interesantes llaman la atención ante el escaparate de las tintorerías parisienses. Desde luego se encuentra ocasion de recordar las dificultades inherentes al arte del tintorero ó al arte que exige ciertos conocimientos científicos que, por desgracia, no se tienen siempre, y además una habilidad práctica consumada. El tinte está al progreso desde hace veinticinco años, debería decir desde principios de este siglo, puesto que Berthollet publicó en 1804 los *Elementos del arte del tintorero*, que principiaron á operar útiles reformas en una profesion entregada al mas completo empirismo. De esa época, poco mas ó ménos, data la introducción de los agentes minerales en el tinte, para el cual solo se empleaban antes sustancias animales y vegetales.

Los trabajos de M. Vitalis, los estudios generales de M. Dumas, las ingeniosas investigaciones de M. Chévreul han ensanchado mucho el camino abierto hace cincuenta años, elevando al mismo tiempo el arte del tintorero. Es inexplicable que la edad-media, que comprendió tan bien el empleo de los colores sobre el vidrio, dejase perder ó al ménos no sacase de su profundo entorpecimiento el sistema de coloración de los tejidos. La antigüedad, con sus famosas tintorerías fenicias, con la púrpura de Sidon, habia legado ilustres recuerdos al mundo moderno. Ni los matices obtenidos, ni los principios utilizados eran muy numerosos; pero los resultados eran admirables en su estrecho recinto.

La industria del tintorero, aunque todavía tenga mucho que andar si quiere llegar á un grado de perfección como el que han alcanzado industrias análogas, verbigracia, la estampación sobre tejidos, se halla colocada, sin embargo, en una excelente via, y puede adelantar con paso firme por la línea que la química traza delante de esta con sus experiencias nunca interrumpidas. La mecánica la ha servido tambien mas de una vez, la ha dado, por ejemplo, ese instrumento llamado *hidro-extractor*, que simplifica mucho la secadura de las telas, haciendo ganar cuatro ó cinco dias en la duración de sus operaciones, para la cual basta poner las telas veinticuatro horas al secador despues que el *hidro-extractor* ha pasado por ellas. Sin embargo, la mecánica está muy léjos de pararse en su marcha, y seguramente dará á la tintorería mas de un nuevo agente propio para facilitar el trabajo.

Al señalar los claros existentes aun, nos complacemos en insistir sobre los progresos de que nuestro tiempo ha sido testigo, pues esto despierta las esperanzas para lo sucesivo. De este modo pues, no sabríamos pregonar demasiado que, gracias á la introducción de procedimientos mas pronto y seguros, gracias á un sistema de instrumentos mas completo y á un empleo mejor entendido de ciertas materias primeras, las tintorerías de Paris han podido sucesivamente abaratar sus precios en una proporción notable desde hace diez años: hoy dan al comercio mejores productos que en otro tiempo y mas baratos.

Consiguamos la superioridad de las tintorerías francesas sobre las extranjeras, al ménos en cuanto á los tejidos de que hoy nos ocupamos, los tejidos de lana cardada, y sin prejuizar ninguna cosa con respecto á las otras telas, insistir particularmente sobre el mérito inimitable del tinte del merino, esa hermosa tela tan importante en el movimiento de las fábricas parisienses. La Inglaterra, cuyos merinos son inferiores, como es sabido, á los de Francia, habia querido reservarse al ménos el mérito del tinte: para este fin, se compusieron tejidos sin color en Francia para ser teñidos á la otra parte del estrecho, pero las probaturas dejaron bastante que desear y, en suma, los resultados obtenidos no causaron perjuicio ninguno á los establecimientos franceses.

La habilidad de los tintoreros de este país en el trabajo del merino, habilidad reconocida en los mercados extranjeros, ha contribuido poderosamente á desarrollar aquí ese ramo de exportación. Bajo ese punto de vista, los establecimientos parisienses, cuya reputación es inatacable, honran mucho á la industria de la capital. Ahora añadiremos que comprenden á las mil maravillas la última parte de sus operaciones, el aderezo de las mercancías, accesorio ordinario del tinte, de una importancia suma. El aderezo da á la tela suavidad y flexibilidad, y saca de ella ciertos elementos duros y desagradables tanto á los ojos como al tacto. Un aderezo incompleto ó defectuoso da á la tela un aspecto encogido, y además en estas condiciones, es de un uso ménos provechoso para el consumidor.

Los establecimientos de tinte de Paris tratan todos indistintamente los mismos artículos; sin embargo, á juzgar por los escaparates de la Exposición, parece que cada casa cultiva una especialidad determinada. Aquí están las cachemiras francesas; allí los bareges y los *chaly* lisos y satinados; mas allá las muselinas de lana y los artículos de Roubaix; en otra parte, en fin, las franelas y los paños sultana. Pero casi siempre el merino descuellan en las exposiciones.

En este terreno hallamos una fábrica colocada en condiciones excepcionales y que merece la atención del público por la perfección de sus productos. Queremos hablar del establecimiento de M. Francillon que posee, exclusivamente, desde hace quince años, la importante parroquia de la casa Paturle. Esta seguridad de una masa enorme de trabajo, las mismas exigencias de la fábrica del Cateau, la perfección de sus telas, y sus consejos ilustrados y generosos forman otras tantas circunstancias favorables para los progresos de un establecimiento. Pensando que salen cada año de los talleres de M. Francillon de 16 á 17,000 piezas de telas teñidas de negro para MM. Paturle, Luyze, Seydoux, Sieber y compañía, casi todas destinadas á los mercados extranjeros, concebiremos cual será la base que semejantes relaciones prestan al espíritu de investigación, á las experiencias científicas de un fabricante ilustrado. Y no hablo aquí del merino de color en sus matices variados, ni de las demás telas que se fabrican en el Cateau. Las muestras de M. Francillon manifiestan que ha sabido aprovecharse de todos los elementos que le ofrecía aquella casa, pues es imposible imaginar tintes mas hermosos, mas claros, mas uniformes que los suyos. Pero todavía se puede juzgar mejor ante el escaparate de la casa Paturle, que tiene una luz mas favorable: ese hábil industrial no ha postergado el mérito del tinte al de la tela. Los inteligentes se han maravillado de los resultados obtenidos.

Notemos al pasar varios artículos de lana y de seda al lado del merino. Aquí tenemos las muestras de procedimientos nuevos para consolidar matices que se estropean con facilidad, como el bronceado, el castaño y el verde.

En el tinte del merino debemos señalar la exposicion de la antigua casa Jourdan, hoy explotada por MM. Wallerand y compañía, que pertenece al grupo de la tintorería de Paris donde tiene su centro principal, aunque sus talleres se hallen situados en el Norte de la Francia. MM. Woherand han presentado aplicaciones muy diversas y de una ejecución muy esmerada. A beneficio de nuevos procedimientos asocian el tinte al estampado y á los dibujos sombreados. Conviene nombrar aquí, hablando de merinos, á un tintorero de Reims, M. Boulogne que trata esta tela con una verdadera distinción.

Seria una injusticia que omitiéramos en nuestras menciones los escaparates de dos fabricantes que en cuanto á la antigüedad de explotación, se hallan á los dos extremos de la lista de los tintoreros de Paris. M. Rouquies es el decano; M. Gallien ha entrado, hace poco, en la carrera. El primero se distingue sobre todo por los tintes y aderezos de las telas de cachemira y sostiene dignamente una reputación bien adquirida. Los productos del segundo atestiguan esfuerzos serios dignos de alabanza.

Hé aquí otra casa muy conocida; la casa de M. Boutarel, que abraza una cantidad de negocios considerable. Esta fábrica obtenía una medalla de oro en la exposicion de 1844. A estos nombres, añadiremos el de M. Armando Veissiere que no tiene escaparate propio y que se contentó con poner una inscripción sobre la muestra de varios fabricantes de Reims, de Roubaix, etc. cuyos tejidos tinte. No ha sido mal modo de exponer. Tambien citaremos el nombre de M. Terrier, que ocupa un ancho espacio fuera de la línea de los tintoreros de Paris, y cuyas muestras se hallan arregladas con arte.

Al terminar esta revista de una industria mas curiosa de lo que podría creerse al punto, podemos decirlo prescindiendo de toda individualidad: la exposicion de los tintes y aderezos de Paris presta un concurso de los mas útiles á la industria de la lana cardada. Además este ramo de trabajo se halla en poder de industriales muy recomendables.

Dos palabras sobre los obreos de las tintorerías. En el personal de estos establecimientos no entra ninguna mujer sino para una operacion, la que consiste en quitar con unas tenacillas las pajas que quedan en el tejido. Y no es porque el trabajo tenga exigencias extraordinarias en cuanto á la fatiga que puede producir, sino porque requiere cierta fuerza, se compone de ciertas manipulaciones convenientes solo para los hombres. Ni siquiera se ocupan niños. Los obreros tintoreros forman una población sedentaria que rara vez cambia de taller y muy digna de atención. Por término medio, ganan 3 fr. diarios, pero con dos meses de descanso todos los años.

Revista de la Moda.

SUMARIO. — Un baile en la Opera. — Del prestigio del baile. — De cómo debe vestirse una señora para ir al baile. — Trajes de baile caprichosos. — Los cabellos desatados á la moda de los tocados de Greuze. — Fotografías de los tocados de baile mas graciosos. — Las rosas con collares de perlas. — Los aderezos de perlas formando juego con los collares. — Trajes de visita y de calle. — El corpiño andaluz no sienta bien á todas las señoras. — Un vestido de teatro. — Sombreros á la orden del dia. — Descripción de varios prendidos de baile.

El baile es el principal prestigio de la hermosura. En él se establecen las reputaciones de elegancia y en él se presenta una mujer como *mujer á la moda*. Pero si el baile hace valer las perfecciones y las gracias, muy á menudo tambien es el escollo de esas mismas perfecciones y de esas mismas gracias. Es preciso vestirse para ir al baile como cualquiera podria vestir á una de sus amigas cuya belleza se quisiera poner en relieve, esto es, buscar el corte de vestido que siente mejor, el tocado mas gracioso, el color que dé al cutis mas brillantez. Para que una mujer esté bonita en el baile como en todas partes, es preciso que no vaya incómoda en sus vestidos ni en su calzado; la violencia siempre se descubre, porque el rostro se altera, la sonrisa se transforma en gesto desagradable, y luego es un error profundo el imaginarse que una mujer se adelgaza estrechándose; lo que logra es estropearse y nada mas.

Tambien hay algunas mujeres que pasaron de los veinte años (lo que sin duda presta mas encanto á su belleza), y que tienen la deplorable manía de vestirse como señoritas casaderas. Pero por la misma razon de que nada es verdadero en sus prendidos, su elegancia es chocante y carecen de elegancia verdadera. Todas estas reflexiones se me ocurrieron en el baile de la Opera dado en favor de los pobres del octavo distrito de Paris. Los trajes presentaban un contraste singular de brillantez y de tono de segundo orden. Así sucede por lo regular en las fiestas de beneficencia donde se mezclan por aquí y acullá algunos prendidos de un gusto dudoso. Pero el conjunto del baile era magnífico. Me acuerdo de algunos bonitos prendidos, las flores mas frescas y caprichosas de la moda.

Una preciosa rubia que me dijeron era lady C... llevaba un vestido de tafetan azul con tres volantes de terciopelo blanco enriquecidos de guirnalda de camafleos de todos colores. El corpiño escotado con solapas en juego con los volantes, iba adornado con un ramillete de gruesas motas duquesa de terciopelo de todos colores, rosa, violeta, púrpura, carmesí, amarillo, azul y blanco, sin ninguna armonía entre los matices: unas veces se veía una mota blanca que terminaba en color de lila, otras era una mezcla de carmesí y de púrpura; — de azul y amarilla; un verdadero carnaval de colores. La guirnalda estaba copiada sobre el corpiño.

Despues estaba una hermosa parisiense, la señora condesa de Murat, que llevaba un vestido blanco de muaré antiguo, con doble falda, y cubierto con una túnica, punto de aguja. En la orla de la primera falda habia un volante del mismo encaje. El corpiño aplastado llevaba un pequeño afollado recto género Sevigné, sostenido por un lado en el hombro izquierdo por el gran cordon Eugenia, de flores de tulipan, con unas hojas tan suaves y tiernas, que parecia alumbrado por un rayo de luna. Este cordon Eugenia formaba la agujeta sobre el hombro izquierdo y pasaba sobre la espalda y el pecho viniendo á levantar sobre el lado derecho á la altura de la cadera la pequeña túnica de encaje, y abriéndose en un grupo de flores de tulipan con rastos de botones y de hojas. — Las flores del tulipan tienen la blancura nacarada de la camelia con el fondo del cáliz color de oro.

Luego habia un vestido de muaré antiguo junquillo con doble falda. La primera tenia por ribete unos cuadritos de afollados de tul, entre otros de reinas margaritas de todos colores. La segunda falda llevaba el mismo adorno de reinas margaritas que la cubria toda; los rayados principiaban en el rosa mas vivo y concluian en el rosa mas tierno y delicado. Lo mismo sucedia con cada una de las rayas que formaban un cordon sombreado. El corpiño se hallaba rayado igualmente de pequeñas margaritas. Este traje obtuvo un triunfo fabuloso. Se puede reproducir este adorno con espuelas de caballero, rosas y florecillas silvestres sobre tul blanco y sobre tul verde luz.

Despues citare un vestido de tafetan blanco cubierto de afollados de tul describiendo un tablero de damas blanco y verde mar colocado transversalmente sobre la falda. Este adorno era tanto mas original y artístico cuanto que se hallaba completado con rayados de gobetas de todos los colores imaginables. El corpiño era aplastado y cuadrado, y llevaba un pequeño ribete de cuadritos de tul y de gobetas. Las mangas llevaban el mismo adorno del corpiño.

Despues habia un traje de tafetan blanco azul celeste. La falda llevaba siete volantes de tafetan azul cortado. El corpiño era aplastado, muy escotado con un pequeño fichu Antonieta de tafetan azul, con puntilla de blonda. Este fichu iba enteramente á la moda del tiempo y se anudaba debajo del pecho con un ramito de campanillas silvestres azules. Las mangas de blonda eran excesivamente cortas y puntiagudas. Un brazaletes de campanillas rodeaba la manga en el nacimiento de la blonda. El tocado de este traje antiguo consistia en un rodete desatado, al modo de los tocados de Greuze con rastos de campanillas azules enlazándose en las cocas de cabellos y cayendo en ramitas flexibles. Los cabellos retorcidos en concha y en laberinto, se han vuelto demasiado usuales, vulgares y clásicos para que los lleven las señoras elegantes. En vez de retorcer los cabellos los

disponen en fuelles vaporosos en forma de lazos en inspiraciones caprichosas que hacen de un tocado una obra real, que ni aun la doncella mas hábil sabe imitar ó reproducir. Entre las guirnalda de flores mas graciosas que se ostentaban en las preciosas cabezas de las señoras mas á la moda, noté las siguientes:

— Un tocado *infito* de gruesas bolas de oro y de gruesas bolas verdes brillantadas con hojas de oro y hojas verdes.

— Otro de alteas naturales, con hojas tan finas y maravillosas como las telas aéreas de la araña que cuelgan de un hilo; cada hoja estaba escarchada con primor.

— Otro formado de una trenza de oro sosteniendo á cada lado dos plumas de avestruz, mezcladas con hojas de oro.

— Un tocado Cleopatra compuesto de dos bandos de terciopelo purpurino ribeteado de oro que rodeaba la cabeza, con rosas de terciopelo purpurino y tulipanes de oro con pétalos de perlas blancas.

— Un tocado César describiendo una diadema de oro sobre la frente con ramos de flores y de hojas de laurel de terciopelo verde con racimos de oro y gruesos pámpanos de viña de oro.

— Un tocado de rosas con dos collares de perlas azules.

— Otro de rosas color de rosa con collares de perlas blancas. — Las rosas son, á fé mia, bastante coquetas para permitirse collares de perlas. ¿No sois de mi opinion, amadas lectoras? — Todos esos tocados de rosas formaban casi una guirnalda redonda mas abultada por los lados y en la caída del cuello. Las perlas caian sobre las espaldas en rastos desiguales. Este género de tocado es tanto mas gracioso cuanto que para completar un traje de baile se lleva un aderezo de perlas del mismo color que las que van mezcladas con las rosas.

Si me he extendido bastante en los prendidos de baile, es porque ellos reasumen la moda en el instante actual. En cuanto á los trajes de visita y de paseo, son mas uniformes que nunca, esto es, presentan una grande armonía de colores aunque no sean del mismo color. Nada es mas feo que un vestido todo verde, sombrero y una manteleta de terciopelo verde; pero añadamos á ese vestido verde, á ese sombrero verde y á esa manteleta verde un poco de terciopelo negro y de encaje negro, y al punto obtendremos un traje precioso. La mujer se viste con su propio gusto, mas bien que con la moda real; la moda puede poner muy fea á una mujer; desconfiad de ella, como de una enemiga de vuestra hermosura.

Para traje de teatro se hace un corpiño andaluz compuesto de cuadritos de terciopelo negro sobre transparente de tafetan blanco. Las mangas llevan de lado en toda su altura afollados de tul ilusión que se escapan de una cinta de terciopelo á cuadritos. En medio de cada afollado hay una mora pequeña de perlas blancas. Sobre el delantero del corpiño se ven iguales afollados con moras de perlas blancas dispuestos en forma de solapas. Este corpiño que se adorna con cuadritos de terciopelo de todos colores, presenta mucho gusto artístico, pero no conviene á todas las señoras, pues como tiene el defecto de abultar mucho, hace un talle cuadrado á toda mujer que le tiene un poco grueso.

Pero hé aquí otro traje de teatro, tambien muy nuevo:

Es un vestido de muaré antiguo verde malaquita con una falda lisa (sin ningun adorno) y un corpiño subido, abotonando con cinturon. La botonadura es de malaquita estrellada de oro. Las mangas son justas y aplastadas hasta el codo donde se terminan con un pequeño afollado, que remata en un brazaletes de cinta, sostenido con un lazo de puntas flotantes. Esta nueva forma de mangas se lleva con las manguitas blancas, estilo mosquetero. El corpiño está bien suelto por arriba para un gran cuello á la Florentina. El cinturon del vestido es una ancha cinta formando un lazo de puntas cortas.

Ahora voy á enumerar algunos sombreros á la moda.

— Un sombrero de terciopelo blanco real que lleva por adorno una cinta de terciopelo blanco que rodea el ala, y viene á cruzar sobre la guarnicion de detrás, dejando dos puntas flotantes. Por un lado ramos de plumas blancas y por el otro blonda redecilla dispuesta en espirales. En el interior enredaderas naturales. — Cintas de terciopelo blanco.

— Otro de tafetan blanco, terciopelo violeta y encaje negro. El ala es de tafetan blanco; la banda terciopelo violeta, y el fondo del casco va cubierto con una estrella de encaje. Por un lado hay dos pequeños penachos negros con cabeza violeta. Por dentro pensamientos de terciopelo color de violeta.

— Una capota de terciopelo negro con ala con jareta de tafetan azul-Suecia. La guarnicion de detrás es de tafetan azul y encaje negro. Al lado lleva un lazo de terciopelo negro colocado muy bajo. En el interior blonda blanca, flores azules y encaje negro cayendo á la Maintenon sobre la blonda blanca.

— Un sombrero de terciopelo epinglé blanco con sesgo de terciopelo purpurino formando un adorno cuadrado encima del ala. Por un lado lleva un grueso ramo de rosas de terciopelo purpurino y por el otro una coca de encaje negro.

— Otro sombrero de terciopelo negro formado de sesgos tendidos unos sobre otros. El borde del ala va guarnecido con una puntilla negra. Al lado, pájaro del paraíso.

— Una capota de niña de tafetan blanco, con una cinta de terciopelo violeta plegada y ribeteada de blonda al borde del ala y sobre la guarnicion de detrás. En el interior botoncitos de rosas.

Concluyo con la descripción de algunos prendidos de baile muy lujosos; siempre el baile... es el favorito del dia.

El primer prendido se compone de un vestido de muaré

antiguo junquillo, con tres grandes volantes de encaje de Chantilly coronados con una franja sevillana con borlitas de terciopelo negro. Corpiño de punto adornado con pequeños volantes de encaje y con una franja parecida á las otras, el encaje se halla dispuesto en forma de solapas. Mangas muy cortas formadas de encaje y de borlitas de terciopelo negro. — Ricos brazaletes, tocado de hortensias de terciopelo color de violeta.

El segundo traje representa un vestido de muaré antiguo blanco cubierto con tres volantes de gasa blanca, que llevan por orla una ancha cinta de tafetan color de rosa por dentro de la gasa. Estos tres volantes se detienen sobre el delantero de la falda para mostrar un rico delantal compuesto de tres volantes aplicacion de Inglaterra. Las dos aberturas de los volantes de gasa van marcadas con un dobladillo rosa. En el nacimiento de todos los volantes se abre un grueso lazo rosa con puntas medio flotantes. Corpiño aplastado, de punta, con una doble berta de encaje y adornado de lazos de cinta color de rosa. Las mangas son de gasa afollada y concluyen en un volante de encaje. En cada hombro y abajo de cada manga hay un lazo de color de rosa. Tocado formado de dos bandos arrollados sobre sí mismos. Guirnalda de rosas abiertas, con un rastro de capullos flotando sobre los hombros.

El tercer traje consiste en un vestido de gasa blanca con dibujos de guirnalda Watteau, estampadas en la gasa. La falda lleva cinco volantes ribeteados con un rizado de blonda. Corpiño escotado y de punta, con solapas de gasa. Tocado de rosas mezcladas con yerbecillas silvestres.

El cuarto traje es un vestido de gasa azul con tres volantes guarnecidos de un rizado de pluma. Corpiño escotado y de punta con doble berta ondulada tambien guarnecida de pluma. Tocado compuesto por un lado de un grupo de plumas blancas con estrellas de plumas de color, y por el otro de una camelia blanca rosada con hojas naturales.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Ferro-carriles franceses.

INAUGURACION DE LA LINEA DEL MEDIODIA. — SECCION DE BURDEOS A TONNEINS.

El dia 3 de diciembre tuvo lugar el paseo de inauguracion de la línea del Mediodía, seccion de Burdeos á Tonneins. Ya la víspera en el embarcadero de San Juan, adornado por la compañía, se habia efectuado la bendicion de esa via nueva que debe unir el Océano con el Mediterráneo.

¿Quién habria pensado hace año y medio, en vista de las grandes obras que habia que hacer, que las dos porciones tan importantes de esa vasta línea de Burdeos á Tonneins y Bayona estarian hoy abiertas á la circulacion? Es en efecto admirable que una compañía haya podido en tan poco tiempo poner en explotacion cerca de 800 kilómetros de via férrea y dar al público cerca de 300.

A las diez en punto la locomotora, ricamente empacada, llevando á la cabeza un escudo con las armas imperiales, avanzó majestuosamente arrastrando consigo nueve wagoes de primera clase para los convidados á la ceremonia. — En ménos de dos horas atravesamos los 97 kilómetros que separan Tonneins de Burdeos.

Todas las estaciones de la línea estaban ricamente adornadas; las poblaciones salian al camino; era una fiesta general para esas comarcas dichosas de la línea, que conocian la fuente de riqueza que les abrirá ese camino de hierro.

Al llegar á Langon, los convidados bajaron para ir á visitar el puente metálico. — El señor prefecto del Gironde, guiado por M. Saige, bajo cuya direccion se cumplió esa obra inmensa, examinó el interior del puente, y todo el mundo admiró con él la invencion y el trabajo.

El convoy atravesó despues el magnífico viaducto en línea curva que sigue al puente y forma una de las obras de arte mas hermosas que se hayan ejecutado hace tiempo en Francia.

Atravesamos sucesivamente Saint-Macaire, Cauderot, Gironde, y despues de haber pasado el doble túnel que hay bajo la ciudad, el convoy se detiene ante el embarcadero de La Reole, construido entre el rio y las colinas que le dominan del modo mas pintoresco.

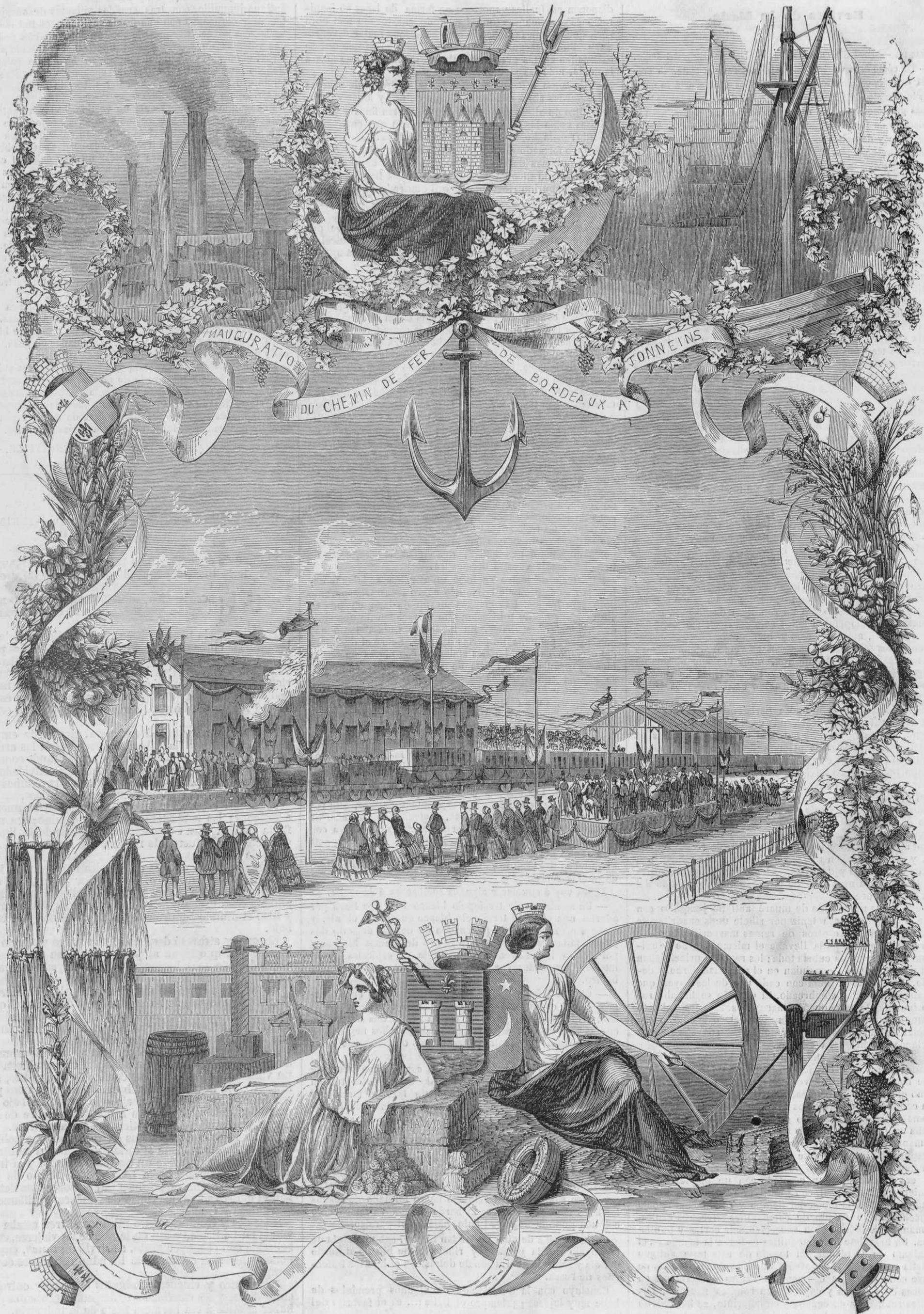
Aquí el aspecto es magnífico, y la vista deslumbrada de repente al salir de las tinieblas del túnel, abraza en un vasto conjunto el antiguo castillo de Quatre-Sos, sobre la colina, la casa de la subprefectura, el famoso paseo de los tilos, y el rio abajo que serpentea bajo su puente colgante que conduce á esa casa célebre de los hermanos Fauché, esos mártires del bonapartismo.

Por fin llegamos á Tonneins en medio de una poblacion entusiasta; resuena el cañon y la música militar; Su Eminencia nos dirige un sentido discurso, y el tren prosigue su marcha hasta La Reole en medio de las aclamaciones de mas de quince mil personas que llenaban el embarcadero, adornado de banderas, oriflamas, guirnalda y escudos.

A las dos y treinta y cinco minutos el tren estaba de vuelta en La Reole, y allí en la sala de los viajeros, embellecida con el mayor gusto, se sirvió un *lunch*, cuyos honores hicieron cortesmente los administradores de la compañía.

A las cinco y cincuenta minutos el convoy entraba en Burdeos, y los convidados se despedian contentos por haber asistido á esa hermosa fiesta de la industria.

E. F.



Primera seccion del ferro-carril del Mediodía.